

Pedro Calderón de la Barca

No hay burlas con el amor



E LEJANDRIA

**Libro descargado en www.elelandria.com, tu sitio web de obras
de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!**

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

NO HAY BURLAS CON EL AMOR

Personas que hablan en ella:

- Don ALONSO de Luna, galán
- Don JUAN de Mendoza, galán
- MOSCATEL, gracioso
- Don LUIS, galán
- Don DIEGO, galán
- Don PEDRO Enríquez, viejo y padre de las dos damas
- Doña BEATRIZ, dama
- Doña LEONOR, dama
- INÉS, criada

ACTO PRIMERO

Salen Don ALONSO de Luna y MOSCATEL

muy triste

ALONSO: ¡Válgate el diablo! ¿Qué tienes, que andas todos estos días con mil necias fantas-

ías?

Ni a tiempo a servirme vienes, ni a propósito respondes; y, por errarlo dos veces, si no te llamo, pareces, y si te llamo, te escondes. ¿Qué es esto?

Dilo.

MOSCATEL: ¡Ay de mí!

Suspiros que el alma debe.

ALONSO:

Pues ¿un pícaro se atreve a suspirar hoy así?

MOSCATEL: Los pícaros ¿no tenemos alma?

ALONSO: Sí, para sentir, y con rudeza decir de su pena los extremos; mas no para suspirar; que suspirar es acción digna de noble pasión.

MOSCATEL: Y ¿quién me puede quitar la noble pasión a mí?

ALONSO: ¡Qué

locuras!

MOSCATEL: ¿Hay, señor, más noble pasión que amor?

ALONSO:

Pudiera decir que sí; mas, para ahorrar la cuestión que "no" digo.

MOSCATEL: ¿Que no? Luego, si yo a tener amor llego, noble será mi pasión.

ALONSO: ¿Tú, amor?

MOSCATEL: Yo amor.

ALONSO:

Bien podía, si aquí tu locura empieza, reírme hoy de tu tristeza más que ayer de tu alegría.

MOSCATEL: Como tú nunca has sabido qué es estar enamorado; como siempre has estimado la libertad que has tenido, tanto, que en los dulces nombres de amor fueron tus placeres burlarte de las mujeres y reírte de los hombres; como jamás a ninguna quisiste, y más te acomodas a engañar, señor, a todas que hacer elección de una; como eres (en el abismo de amor jugando a dos manos, potente rey de romanos) mal vencedor de ti mismo, de mí te ríes, que estoy de veras enamorado.

ALONSO:

Pues yo no quiero criado tan afectuoso. Hoy de casa te has de ir.

MOSCATEL: Advierte...

ALONSO:

No hay para qué advertir.

MOSCATEL: Mira...

ALONSO: ¿Qué querrás

decir?

MOSCATEL: Que se ha trocado la suerte al paso, pues siempre dio el teatro enamorado el amo, libre el criado.

No tengo la culpa yo de esta mudanza, y así de-ja que hoy el mundo vea esta novedad, y sea yo el galán, tú el libre.

ALONSO:

Aquí hoy no has de quedar.

MOSCATEL: ¿Tan presto, que aun de buscar no me das otro amo tiempo?

ALONSO:

No hay más de irte al instante.

Sale don JUAN

JUAN:

¿Que es esto?

MOSCATEL: Es pagarme mi señor el tiempo que le he servido con haberme despedido.

JUAN:

¿Con Moscatel tal rigor?

ALONSO: Es un pícaro, y ha hecho la mayor bellaquería, bajeza y alevosía que cupo en humano pecho, la más enorme traición que haber pudo imaginado.

JUAN:

¿Qué ha sido?

ALONSO: ¡Hase enamorado!

Mirad si tengo razón de darle tan bajo nombre, pues no hace alevosía, traición ni bellaquería, como enamorarse un hombre.

JUAN:

Antes pienso que por eso le debi-

erais estimar, que diz que es dicha alcanzar, y yo por tal lo confieso.
¿Criados enamorados?

Un hombre que se servía de dos mozos, y los veía necios y desaliñados, nada en su enmienda buscaba como es decirlos a ratos:

"¡Enamoraos, mentecatos!" que estándolo, ima-ginaba que cuerdos fuesen después, y aliñados; y, en efecto, ¿qué acción, qué pasión, qué afecto, decid, si no es amor, es el que al hombre da valor, el que le hace liberal, cuerdo y galán?

ALONSO: ¡Pesia

tal!

De los milagros de amor la comedia me habéis hecho, que fue un engaño culpable, pues nadie hizo miserable, de avaro y cobarde pecho al hombre, si no es amor.

JUAN:

¿Qué es lo que decís?

ALONSO:

Oíd, y este discurso advertid; veréis cuál prueba mejor.

El hombre que enamorado está, todo cuanto ad-quiere para su dama lo quiere, sin que a amigo ni a criado acuda, por acudir a su gusto; luego es miserable amando, pues no es, ni se puede decir virtud, lo que no es igual, y miserable no ha habido mayor, que el que sólo ha sido con su gusto liberal.

Que hace osados es error, pues nadie contra su fama entra en casa de su dama que no entre con temor. ¡Cuántos cobardes han sido de miedo de no perdellas; cuántos, mirando por ellas, mil desaires han sufrido!

Luego, si gusto u honor hacen sufrir y callar, nadie me podrá negar que hace cobardes amor.

Pues si privan los sentidos los favores o desprecios, bien claro está que hace necios, puesto que hace divertidos; pues que si se llega a ver o desde-

ñado o celoso el hombre más cuidadoso de lucir y parecer, desde aquel punto se deja descaecer, sin acudir al parecer y al lucir, y sólo aliña su queja.

Luego amor en sus cuidados hace, con causas mudables, cobardes y miserables, necios y desali-

ñados.

Y en fin, sea así o no sea así, no quiero mozo que ama y que, por servir su dama, deje de servirme a mí.

JUAN:

A vuestra sofistería nada quiero

responder, don Alonso, por no hacer agravio a la pena mía del amor; y si en su historia discurro, temo quedar vencido, y no quiero dar yo contra mí la victoria.

A buscaros he venido para consultar con vos un pesar; mas viendo, ¡ay Dios!, que de mi amor ha nacido, le callaré, porque quien da a un criado tal castigo, mal escuchará a un amigo.

ALONSO:

No escuchará sino bien; que no es

todo uno, don Juan, ser vos el enamorado, o el bergante de un criado; que vos sois noble, galán, rico discreto y, en fin, vuestro es amar y querer; mas

¿por qué ha de encarecer el amor la gente ruín, y a quién no da enojo y risa que haya en el mundo (¡qué errores!) quien diga con hambre amores, y requiebre sin camisa?

Y porque sepáis de mí que trato de un mismo modo burlas y veras, a todo me tenéis, don Juan, aquí.

Salte allá fuera.

JUAN:

Dejad que me escuche Moscatel,
porque a vos os busco y a él.

ALONSO: Pues,

proseguid.

JUAN:

Escuchad:

Ya, don Alonso, sabéis cuán rendido prisionero de la coyunda de amor, el carro tiré de Venus, tan fácil victoria suya que no sé cuál fue primero, querer vencer o vencerme, que un tiempo sobró a otro tiempo.

Ya sabéis que la disculpa de tan noble rendimiento fue la beldad soberana, fue el soberano sujeto de doña Leonor Enríquez, hija del noble don Pedro

Enríquez, de quien mi padre amigo fue muy es-trecho.

Este, pues, milagro hermoso, este, pues, prodigio bello es la dicha que conquisto, es la gloria que deseo.

No os digo que venturoso amante, ¡ay de mí!, merezco favores suyos, que fuera descortés atrevimiento que los merezco decir; que aunque es verdad que los tengo, tenerlos es una cosa, y otra cosa merecerlos.

Y así, que los tengo, digo; que los merezco, no puedo; que es conseguir lo imposible dicha, y no merecimiento.

Con este engaño, llevado en las alas del deseo, lisonjeado de la noche, aplaudido del silencio, festejado de las sombras, a quien más favores debo que al sol, que a luz, que al día, vivo de saber que muero, hasta que más declarado pueda a rostro descubierta pedirla a su noble padre, de quien no dudo ni temo que me la dé, porque iguales haciendas y nacimientos, no hay que esperar, donde amor tiene hechos los conciertos.

La causa de no pedirla y casarme desde luego con ella, es (aquí entra agora la pensión de este contento, el subsidio de esta dicha, y el azar de aqueste encuentro) tener Leonor una hermana mayor, y como no es cuerdo discurso querer que case a la segunda primero, no me declaro con él, porque si a pedirle llego alguna de sus dos hijas (que claro está que no tengo de decir a la que adoro), por ser la mayor, es cierto que me ha de dar a Beatriz; y si digo que no quiero sino a Leonor, es hacer sospechoso mi deseo, despertando la malicia que hoy yace en profundo sueño, y quizá perder la entrada que agora en su casa tengo, si no es ya que está perdida con el más triste suceso de amor, que me pasó anoche, pues la pena con que vengo buscándoos... Oídme, que aquí os he menester atento.

Beatriz, de Leonor hermana, es el más raro sujeto que vio Madrid, porque en él, siendo bellísima, y siendo entendida, están echados a perder, por los extremos de una extraña condición, belleza y entendimiento.

Es doña Beatriz tan vana de su persona, que creo que en su vida a ningún hombre miró a la cara, teniendo por cierto que allí no hay más que verle ella y caerse muerto; de su ingenio es tan amante que, por galantear su ingenio, estudió latinidad e hizo en castellano versos; tan afectada en vestirse que en todos los usos nuevos entra, y de ninguno sale.

Cada día por lo menos se riza dos o tres veces, y ninguna a su contento.

Los melindres de Belisa, que fingió con tanto acierto

Lope de Vega, con ella son melindres muy pequeños; y con ser tan enfadosa en estas cosas, no es esto lo peor, sino es hablar con tan estudiado afecto que critica impertinente varios poetas leyendo; no habla palabra jamás sin frase y sin rodeos; tanto que ninguno puede entenderla sin comentario.

La lisonja y el aplauso que la dan algunos necios, tan soberbia, tan ufana la tienen que, en un desprecio de la deidad del amor, comunera es de su imperio.

Este tema a todas horas, este enfado a todos tiempos aborrecible la hacen tanto, que no hay dos opuestos tan contrarios como son las dos hermanas, haciendo por instantes el estrado la campaña de su duelo.

Ha dado, pues (yo no sé si es necia envidia o si celo), en asistir a Leonor, de suerte que no hay momento que no ande al alcance suyo, sus acciones inquiriendo tanto que al sol de sus ojos es la sombra de su cuerpo.

Anoche, pues, en su calle entré embozado y secreto, y, haciendo al balcón la seña donde hablar con Leonor suelo, la ventana abrió Leonor, y yo a la ocasión atento llegué a hablarla; pero apenas la voz explicó el concepto que estudiado y no sabido no me cabía en el pecho, cuando tras ella Beatriz salió, y con notable estruendo la quitó de la ventana, dos mil locuras diciendo, que si yo entendí el estilo con que las dijo, sospecho que fueron que ella a su padre diría el atrevimiento.

No sé si me conoció, y así cuidadoso temo el saber o no saber en qué ha parado el suceso, por cuya causa no voy a visitarle, temiendo su enojo; pero tampoco a dejar de ir me resuelvo, porque si acaso ha llegado a su noticia mi intento, la vida del dueño mío no dudo que corra riesgo.

Y así, porque en irme o estarme hay peligro, elijo un medio, que es enviar este papel disimulado y secreto, que aun no va de letra mía, para cuyo efecto quiero a Moscatel que le lleve, valiéndose de su

ingenio, y se la dé a Inés, criada de Leonor, porque no siendo conocido por criado mío, no hay que tener miedo.

Y así que le deis licencia, don Alonso, es lo que os ruego, y que conmigo en la calle os halléis, porque si llego a saber que está Leonor en peligro, estoy resuelto a sacarla de su casa aunque todo el mundo entero lo estorbe; y para esta acción he elegido el valor vuestro.

Mi amigo sois, don Alonso, y bien conocido tengo que las burlas del buen gusto son las veras del acero.

No como amante os obligo, no como amigo os pretendo; como caballero, sí, pues basta ser caballero para que a un hombre valgáis que está a vuestras plantas puesto.

ALONSO:

Moscatel, ese papel toma; en casa

de don Pedro

Enríquez, con la invención que te ofreciere tu ingenio, entra, y dale a esa criada que ha dicho don Juan.

JUAN:

¿Tan presto lo dispones?

ALONSO:

Si ha de ser, ¿cuánto es mejor que

sea luego?

Toma el papel; con nosotros ven.

MOSCATEL: (Aunque aquí temer puedo **Aparte** el peligro, pues Inés

--que es de mis sentidos dueño-- es la que voy a buscar, amor me dé atrevimiento.

ALONSO:

Guiad agora hacia la calle.

JUAN:

(¡Qué amigo tan verdadero!)

Aparte

ALONSO: (¡Qué amores tan enfadosos!) **Aparte**

"Sí me oyeron, no me oyeron." ¡Bien haya yo, que en mi vida he enamorado con riesgo, sino dama a todo trance, sino moza a todo ruedo, que a la primera visita llamo recio y hablo recio!

Y el haber en mí o no haber o temor o atrevimiento no consiste en más razón que haber o no haber dinero.

Vanse por una puerta y salen por otra JUAN:

Ésta es la calle. Porque no nos vean, estaremos en algún portal mejor.

Salen don LUIS y don DIEGO, y pasan quitándose los sombreros

ALONSO:

Decís bien; mas ¿quién son éstos que parece que la casa de Leonor miran atentos?

JUAN:

Éste es un don Luis Osorio, a quien muy continuo veo en la calle aquestos días, y ha dado, ¡viven los cielos!, en cansarme.

ALONSO:

Pues ¿hay más de que también le

cansemos nosotros a él?

JUAN:

Dejadle, que no es de estas cosas
tiempo.

Pasemos de largo, y no demos qué decir.

ALONSO: Pasemos, aunque con tantas figu-ras pueda ser hombre.

Vanse don LUIS y don DIEGO

JUAN: [a MOSCATEL]

Tú luego darás la
vuelta, y darás el papel a Inés.

MOSCATEL: Me temo...

JUAN:

No hay qué temer, que aquí esta-
mos a la vista. Éntrate presto.

**Vanse don JUAN, MOSCATEL, y don ALONSO, y salen don LUIS
y don DIEGO por la otra puerta, mirando a las ventanas**

LUIS: Ésta es la capaz esfera, éste el abreviado cielo de la más
bella deidad y del planeta más bello que vio el sol desde que nace
en joven golfo de fuego hasta que abrasado muere en cana hoguera
de hielo; y con ser tal su hermosura, en ella ha sido lo menos,
porque pudiera ser fea en fe de su enten-dimiento.

DIEGO:

Y en fin, ¿mujer tan discreta servís

para casamiento?

LUIS: Por conveniencia y amor la sirvo y la galan-teo, para cuyo efecto ya han de tratarlo mis deudos.

DIEGO:

Pues no sé si lo acertáis.

LUIS: ¿Por qué no, si en ella veo virtud, hacienda y nobleza, gran beldad y gran ingenio?

DIEGO:

Porque el ingenio la sobra; que yo

no quisiera, es cierto, que supiera más que yo mi mujer, sino antes menos.

LUIS: Pues ¿cuándo el saber es malo?

DIEGO:

Cuando fue el saber sin tiempo.

Sepa una mujer hilar, coser y echar un remiendo, que no ha menester saber gramática, ni hacer versos.

LUIS: No es ejercicio culpable donde es tan noble el exceso que no tiene inconveniente.

DIEGO:

Ni yo que le tenga pienso, pues an-

tes sé lo contrario del rigor y del desprecio con que os trata.

LUIS: Ese desdén adoro. La vuelta demos a la calle; no otra vez pasen esos caballeros que ya miro con cuidado.

DIEGO:

Vamos, pues.

LUIS: ¡Hermoso centro de la ingratitud que adoro!

Presto a tus umbrales vuelvo, porque el galán que en la calle de su dama a todos tiempos no vive, violento vive, bien como vive violento el pez fuera de las ondas, el ave fuera del viento, fuera de la tierra el bruto, el rayo fuera del fuego, la flor fuera de la rama, la voz, fuera del aliento, fuera del alma la vida, y el alma fuera del cielo.

Vanse, y salen LEONOR e INÉS, criada LEONOR: ¿Está mi hermana vestida?

INÉS: Tocándose ahora quedó, y por no pudirme yo de ver cuán desvanecida pide uno y otro consejo, a su espejo la dejé.

LEONOR: ¡Qué necio con ella fue, a todas horas, su espejo!

INÉS: ¿Cómo necio?

LEONOR: ¿No lo es quien a gusto en un pesar no sabe un consejo dar a quien se le pide, Inés?

Pues si Beatriz le ha pedido mil consejos cada día, y a tan continua porfía nunca a gusto ha res-pondido, muy necio es.

INÉS: Ahora reparo la causa.

LEONOR: ¿Cuál puede ser?

INÉS:

No se deben de entender, porque ella habla culto, él claro; y así se están todo el día por-fiando los dos.

LEONOR:

¡Quién fuera tan feliz que no tuviera más cuidado! ¡Ay, Inés mía, con cuánto temor estoy de que aquestas melindrosa, esta crítica enfadosa, a mi padre cuente hoy lo que anoche me escuchó al balcón hablar!

INÉS: Supuesto que haber salido hoy tan presto mi señor de casa, dio lugar para prevenir el lance, y que no ha tenido tiempo de haberlo sabido, procu-remos desmentir su malicia con alguna invención.

LEONOR:

Ya he imaginado y digo que no he

hallado a propósito ninguna, porque ¿cómo la he de hallar, si ella misma quién vio, fue, a don Juan?

INÉS: Lo que se ve es lo que se ha de negar, con brío y con desenfado, procurando deshacerlo; lo que no llegan a verlo, señor, se está negado.

LEONOR: El medio ¡ay de mí! mejor que me ofrece el pensamiento es, Inés, con rendimiento, dueño hacerla de mi amor, de mi empleo y mi esperanza, pues es hacer en efeto puerta de hierro a un secreto el hacer de él confianza.

INÉS: Y eso es lo que sucedió a un galán que enamoraba una dama donde estaba un clérigo que los vio.

El clérigo no tenía en materia del callar buena fama en el lugar y viendo el riesgo que había de que a todos lo dijese, haciendo del ladrón fiel, se fue a confesar con él porque hablarlo no pudiese.

LEONOR: Eso mismo intento yo.

INÉS: Sí, pero esta santa liga a los clérigos obliga pero a las clérigas, no.

LEONOR:

Pues, ¿qué he de hacer, ¡ay de mí!

Inés, si esta industria sola es la que me queda?

Sale BEATRIZ con un espejo, mirándose en él BEATRIZ: ¡Hola!
¿No hay una fórmula aquí?

INÉS: ¿Qué es lo que mandas?

BEATRIZ: Que abstraigas de mi diestra liberal este hechizo de cristal y las quirotecas traigas.

INÉS: ¿Qué son quirotecas?

BEATRIZ: ¿Qué?

Los guantes. ¡Que haya de hablar por fuerza en frase vulgar!

INÉS: Para otra vez lo sabré.

Ya están aquí.

BEATRIZ:

¡Cuánto lidio con la ignorancia que

hay! ¡Hola Inés!

INÉS: ¿Señora?

BEATRIZ:

Tray de mi biblioteca a Ovidio, no el Metamorfosis, no, ni el Arte amandi, pedí, el Remedio amoris, sí, que ése le investigo yo.

INÉS: Pues ¿cómo he de conocer libro, si es que eso has pedido, si aun el cartel no he sabido de una comedia leer?

BEATRIZ: Oscura, idiota y lega, ¿no te medra cada día la concomitancia mía?

LEONOR:

(Agora mi papel llega). Aparte

Hermana...

BEATRIZ:

¿Quién me habla así?

LEONOR:

Quien a tus pies obediente viene a

arrojarse.

BEATRIZ: Deténte; no te apropincues a mí, que empañarás el candor de mi castísimo bulto, y profanarás el culto de las aras de mi honor; porque mujer que fió del caos de la sombra fría y, en des- crédito del día, nocturno amor aceptó, no mirar con-siga atento mi semblante a voz profana, pues víbora será humana que con su, inficione, aliento.

LEONOR: Beatriz discreta y hermosa, mi hermana eres.

BEATRIZ: Eso no, que tener no puedo yo hermana libidinosa.

LEONOR: ¿Qué es libidinosa, hermana?

BEATRIZ: Una hermana que al farol trémulo, vi-rrey del sol, osa abrir una ventana, y, susurrando por ella a voz media y labio entero, da qué decir a un lucero, da qué callar a una estrella.

Pero yo minoraré el escándalo que has hecho, diciendo al paterno pecho sacrilegios de tu fe.

Un devoto anoche vi...

LEONOR: ¿Y

conocístele?

BEATRIZ: No, ni pudo ser, porque yo, ¿Qué máscara conocí?

LEONOR:

Pues yo te quiero decir quién era, y

con el intento que me habló.

BEATRIZ: ¡Qué atrevimiento! ¿Tal insulto había de oír?

LEONOR: Pues aunque oírlo no quieras, lo has de oír, porque también no está a mi decoro bien que tú con locas quimeras te persuadas a que ha sido liviandad lo que honor fue.

BEATRIZ: ¿Honor?

LEONOR: Oye.

BEATRIZ:

No daré direto a tu voz mi oído.

LEONOR:

Pues direto o no direto, todo has de

escucharlo ya.

BEATRIZ: Oído por fuera, será clandestino tu secreto, y no puedo error tan mucho cometer.

LEONOR: Si hablando estoy...

BEATRIZ: Aspid al conjuro soy; no lo escucho, no lo escucho.

Vase BEATRIZ

LEONOR: ¡Oye!... Mas ¿quién ahí ha entrado?

INÉS: A mi señor buscar.

LEONOR:

Mira quién es, mientras va mi des-

dicha y mi cuidado siguiendo una fiera.

Vase LEONOR y sale MOSCATEL

MOSCATEL: (Amor, **Aparte** ¡qué cobarde eres conmigo, pues aun no valen contigo las leyes de embajador!)

INÉS: ¿Es posible que has tenido,

MoscateL, atrevimiento de entrar hasta este aposento?

MOSCATEL: Sin saber qué me ha movido a haber entrado hasta aquí, rigor es anticipado...

INÉS: Pues ¿no basta haber entrado?

MOSCATEL: Sí y no.

INÉS: Pues ¿cómo no y sí?

MOSCATEL: No, pues no sabes a qué; sí, pues enojada estás; no, pues presto lo sabrás; sí, pues tarde lo diré; y aunque pude haber venido de tu hermosura llamado, traído de mi cuidado y del tuyo distraído, a darte aqueste papel vengo, que don Juan me envía, ya que a mi cuidado fía lo que a Leonor dice en él; que por no ser conocido por criado suyo yo, con el papel me envió si ya la causa no ha sido conocer de mi dolor, saber de mi mal severo, que de amor no es buen tercero el que no sabe de amor.

INÉS: Pues di que el papel me diste y que a Leonor le daré; y vete presto, porque temerosa, ¡ay de mí triste!, de que Beatriz...

MOSCATEL: Yo me iré; que aunque adoro tu presencia, las leyes de tu obediencia tan constante observaré que a precio de su rigor compraré el desprecio mío, y a costa de tu desvío mereceré tu favor.

INÉS: Bien pudiera responderte que tan ingrata no he sido como te habré parecido; pero tiéneme de suerte el temor de verte aquí que

dejo para después la respuesta. Vete pues, que tiempo... Mas ¡ay de mí!, mi señor por la escalera sube. Aquí no me ha de hallar, viéndote conmigo hablar.

Vase corriendo INÉS, y sale don PEDRO, viejo

MOSCATEL: Oye, aguarda, escucha, espera.

PEDRO:

¿Quién ha de esperar y oír? ¿Quién aguardar y escuchar?

MOSCATEL: Quien me tuviere que hablar o yo tenga que decir.

PEDRO:

¿Qué hacéis aquí?

MOSCATEL: ¿Qué he de hacer? ¿Ya vos no lo estáis mirando?

PEDRO:

¿Qué no habláis?

MOSCATEL: Estoy pensando lo que os he de responder.

PEDRO:

¿Qué buscáis?

MOSCATEL: ¡Que aquesto pase!

A quien sea mi homicida.

PEDRO:

¿Por qué?

MOSCATEL: Porque yo en mi vida hallé cosa que buscase.

PEDRO:

¿Quién sois?

MOSCATEL: Habéis preguntado en propios términos hoy.

Un criado honrado soy, si hay un honrado criado.

PEDRO:

¿A quién servís?

MOSCATEL: No serví, aunque criado me llamo.

PEDRO:

¿Cómo no?

MOSCATEL: Como mi amo es el que me sirve a mí.

PEDRO:

Ya es mucha bellaquería hablarme

de esa manera, y ya más plazo no espera la justa cólera mía.

MOSCATEL: (Malo va esto, ¡vive Dios! **Aparte** Si me da con algo aquí, ¡miren qué se me da a mí que en la calle estén los dos!)

PEDRO:

Quién sois me habéis de decir, qué

queréis y qué buscáis, y a qué en esta casa entráis, o en ella habéis de morir a mis manos.

MOSCATEL: Si firmado habéis la sentencia ciego con "ejecútese luego," yo soy Moscatel, criado de un don Alonso de Luna.

Salen al paño don JUAN y don ALONSO

JUAN:

Pues está allí Moscatel, y vimos

entrar tras él a don Pedro, mi fortuna no espera más.

ALONSO:

Yo dispuesto a cuanto suceda es-

toy.

A tomar la puerta voy.

PEDRO:

Proseguid.

Llega don JUAN

JUAN:

Señor, ¿qué es esto?

MOSCATEL: Eso sí.

PEDRO:

(Forzoso es ya **Aparte** reportarme).

Este hombre hallé aquí. Qué busca, no sé.

JUAN:

¿No? Pues él nos lo dirá, o a
aqueste acero rendido morirá.

MOSCATEL: ¡Bueno!

[a MOSCATEL]

JUAN:

(Algo di,

Moscatel, que importa así.

MOSCATEL: (¡Buen socorro me ha venido!) **Aparte**

Un hombre busco, y no hallando nadie que me respondiera, de
escalera en escalera me fui poco a poco entrando, sin ver a quién
preguntar; hasta esta parte llegué, donde una doncella hallé (la
verdad en su lugar);

Aparte pensando

que era ladrón, huyó de mí, y a ella era el "escucha, aguarda, espera."

JUAN:

Bien puede tener razón.

PEDRO:

(Aunque no estoy satisfecho **Aparte** de que me diga verdad, fuera necia liviandad de mi espada y de mi pecho saber don Juan que he tenido otra sospecha; y así fingir me conviene aquí que su disculpa he creído, porque menos recatado le pueda después seguir, saber quién es, y salir de una vez de este cuidado).

Pues, si venís a buscar un hombre, ¿por qué os turbó el verme a mí?

MOSCATEL: Porque yo soy muy fácil de turbar.

JUAN:

Ea, id con Dios.

MOSCATEL: Que a los dos guarde.

[a MOSCATEL]

JUAN:

A don Alonso di que se quite luego

de ahí.

Vase MOSCATEL

PEDRO:

Don Juan, luego vuelvo. Adiós.

JUAN:

¿Dónde vais?

PEDRO:

Vuelvo a buscar unas cartas que
perdí.

JUAN:

No habéis de salir de aquí, u os
tengo de acompañar.

PEDRO:

(Algo, sin duda, ha entendido de mi
enojo; fuerza es deslumbrarle). Venid pues.

JUAN:

(Bien hasta aquí ha sucedido, pues
sin sospechar en mí, asistirle a todo puedo).

Vanse. Salen INÉS, y luego LEONOR

INÉS: Confusa de mirar quedo lo que ha sucedido aquí.

Informarse tan severo, cobrarse tan recatado, hablar con él tan pesado, y seguirle tan ligero muchos efectos han sido.

No sé qué ha de suceder.

[Entrando LEONOR dice a BEATRIZ dentro]

LEONOR:

¡Válgate Dios por mujer! ¡Qué temeraria has nacido!

INÉS: Señora, ¿qué te ha pasado; que tan colérica vienes?

LEONOR:

Que no me escuchó Beatriz porque

ha estado impertinente, con más soberbia que nunca, tan cansada como siempre.

Dice que dirá a mi padre el suceso.

INÉS: Cuando vienen los pesares, nunca, ¡ay triste!, vienen solos, pues de suerte se eslabonan unos de otros que, enredándose crueles, es víspera del segundo el primero que sucede.

Aquel hombre que dejaste aquí, para que supie-se yo quién era, te buscaba a ti, señora, con este papel; que don Juan no quiso, por el riesgo, que viniese criado suyo. El papel me dio apenas, cuando quiere el cielo que entre tu padre y que con el hombre encuentre.

Llegó al empeño don Juan, e hizo que el hombre le diese no sé qué necias disculpas; pero aunque quiso prudente disimular mi señor, no pudo, y tras él se vuelve.

LEONOR:

¡Qué bien dicen que los males son,

si hay uno, como el fénix, pues es cuna en que uno nace la tumba
donde otro muere

Dame el papel, porque quiero al instante res-ponderle a don Juan en
el peligro que estoy.

INÉS: No le guardes, léele, que quizá advertirá al-go que en tu
cuidado aproveche.

LEONOR:

Dices bien; abrirle quiero, que nada

en esto se pierde.

Lee

"¡Qué mal podré hermoso dueño, decirte ni en-carecerte...!"

INÉS: Tu hermana viene.

LEONOR: ¡Ay de mí!

Sale BEATRIZ

BEATRIZ: ¿Qué misivo idioma es éste que ajado ocultas?

LEONOR: ¿Yo?

BEATRIZ: Sí.

LEONOR:

No entiendo lo que me quieres decir.

BEATRIZ: Con vulgar disculpa me has obstinado dos veces.

Ese manchado papel en quien cifró líneas breves cálamó ansarino, dando cornerino vaso débil el etíope licor, ver tengo.

LEONOR: En vano pretendes ver el papel, porque fuera también ser necia dos veces no querer saber de mí cuando de oírme te ofendes lo que yo quiero decir, y querer saber alevé lo que pretendo callarte.

BEATRIZ: Mi fraternidad no atiende a tu lengua, sí a tu acción, porque aquélla mentir puede y ésta ha de decir verdad; y así, en la ocasión urgente, si oír lo que quieres no quiero, saber sí lo que no quieres.

LEONOR:

¿De qué suerte, si no quiero, lo has de saber?

BEATRIZ: De esta suerte.

Ásela el papel y porfían las dos

Suelta la epístola.

INÉS: (No es **Aparte** sino evangelio).

LEONOR: Aunque intentes por fuerza verle, tirana, poco podré o no has de verle.

BEATRIZ: Deja el papel.

Sale don PEDRO y ellas lo rompen y se quedan cada una con su

pedazo

PEDRO:

¿Qué papel es? ¿Por qué reñís,
aleves?

INÉS: (Cayóse la casa, como **Aparte** dice el fulle-ro que pierde).

PEDRO:

Suelta este pedazo tú, y tú suelta
este otro.

LEONOR: (Déme **Aparte** ingenio, Amor).

BEATRIZ: El que abstraes fragmento a mi mano débil te referirá
baldones que tu pundonor padece.

LEONOR:

El papel, señor, que miras, yo no sé

lo que contiene; y pues que Beatriz lo sabe, ¿quién duda que suyo
fuese?

Leyéndole estaba cuando llegué...

BEATRIZ: ¿Yo?

PEDRO:

¡Calla!

LEONOR: Y sin verme, llegando con tal cuidado

(que me le puso de verle), quise quitársele, y ella me le defendió. No pienses que fue atrevimiento en mí, que después que sé que tiene

Beatriz quien la escriba, y quien la hable de noche por ese balcón, mi virtud me ha dado disculpas para atreverme, aunque soy menor hermana, a tratarla de esta suerte.

INÉS: (De mano gana Leonor **Aparte** cuando un mismo punto tienen...)

PEDRO:

¡Por cierto, Beatriz!...

BEATRIZ: Ignoro, atónita, responderte, que me construyó su acento estatua de fuego y nieve, porque cuanto me acumula delito es suyo **in espe-cie**.

LEONOR:

Pues ¿aquí no estaba Inés, que decir la verdad puede?

BEATRIZ: Pues ¿Inés no estaba aquí que dirá lo que sucede?

INÉS: Yo soy en fin la presencia de todo el hecho presente.

PEDRO:

(¡Ay de mí!, que combatido

Aparte de uno y otro mal tan fuerte, ambos me están mal, pues ambos armados contra mí vienen; que al averiguar (¡ay triste!) cúa es la culpa eviden-te, no es excusarme la pena, pues cuando a saberla llegue, tan sitiado mi dolor, tan acosado mi suerte, tan cercado mi desdicha en este lance me tiene, que habiendo (¡cielo!)

que habiendo de morir preci-samente quién me da muerte sabré, mas no excusaré la muerte).

Vete tú, Beatriz, de aquí; y tú, Leonor, de aquí vete.

BEATRIZ: Señor, yo...

PEDRO:

Nada digáis.

LEONOR: (Quiera Amor que no confiese **Aparte** el papel lo que yo niego).

BEATRIZ: Tú, mentil hermana tienes la culpa de todo.

Vanse LEONOR y BEATRIZ

PEDRO:

Inés.

INÉS: (Aquí entro agora).

Aparte

PEDRO:

Deténte.

INÉS: (Honor, con quien vengo, vengo).

PEDRO:

Pues sola el testigo eres, ¿quién le-
ía el papel?

INÉS: (Yo ni quito ni pongo leyes, pero hago lo que debo).

PEDRO:

¿Qué es lo que dudas? ¿Qué te-
mes?

INÉS: (El oficio de criada es ayudar a quien miente).

Señor, poco antes que tú llegué yo, sin que pudiese de la acción, ni de las voces saber cuyo el papel fuese.

Ésta es la verdad, so cargo del juramento que tiene hecho cualquiera criada en el pleito que refieres.

PEDRO:

(¿Aun este pequeño alivio

Aparte del desengaño, no quiere darme el dolor?) Vete, Inés.

INÉS: (¡Viva a toda ley quien vence!) **Aparte Vase INÉS**

PEDRO:

Que el papel confesará cuanto tú y
ellas me nieguen.

Juntar quiero los pedazos de esta víbora, esta sierpe, que dividido el
veneno en dos mitades contiene.

Lee

"¡Qué mal podré, hermoso dueño, decirte ni en-carecerte el cuidado con que estoy de que anoche nos oyese tu hermana! Avisarme al punto que a tu padre se lo cuente, para que te ponga en salvo."

A entrambas a dos conviene el papel, para que sea hoy mi desdicha más fuerte, pues si supiera de una que con liviandad procede, supiera también de otra la virtud, y de esta suerte templado estuviera el daño; mas para que no se temple, quiere el cielo que a ninguna crea, y que en las dos sospeche.

Hallar un criado aquí, turbarse (¡ay de mí!) de verme, llegar don Juan, y dejarle, salir tras él, y perderle, volver a casa y hallar la confusión que me vence, cosas son que han menester atenciones más prudentes.

Y así, pues sé que el criado es, si su temor no miente, de don Alonso de Luna, saber quién es me conviene, y atender a sus acciones; y hasta que a mis manos llegue o desengaño o venganza, ¡valedme, cielos, valedme!

Vase don PEDRO

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen don JUAN, don ALONSO y MOSCATEL

ALONSO: De buena salimos.

MOSCATEL: Yo soy el que salí de buena y entré en mala, pues me vi ya de la muerte tan cerca.

JUAN:

Determinarme yo a entrar, viendo

la ocasión tan cierta, tras don Pedro, fue tu dicha.

MOSCATEL: Y aun la tuya, pues si dejas de entrar, confieso de plano.

ALONSO: ¿Eso

dices?

MOSCATEL: Y aun lo hiciera mejor que lo digo.

ALONSO: Mira, don Juan, si amando hay quien tema.

JUAN:

Pues ¿un amante es cobarde?

MOSCATEL: Mucho más, por ver que arriesga una vida que no es suya, sino de su hermosa prenda; y si es deuda de un amante en su servicio per-derla, ya es de amor estelionato hipotecarla a otra deuda.

ALONSO:

Ya que por don Juan te sufro esta

locura, este tema, y hemos todo el día tratado de tus disgustos y penas, este rato que el pesar firma, si no paces, treguas, hablemos de tus amores otro poco; ya que es fuerza sufrirlos, hagamos de ellos entretenimiento. Cuenta,

Moscatel, quién es tu dama, y en qué estado estás con ella.

MOSCATEL: En qué estado diré; quién es, no.

ALONSO: Pues ¿qué recelas?

MOSCATEL: Tu condición.

JUAN:

¿No soy yo seguro?

MOSCATEL: No hay cosa cierta.

ALONSO:

Verdad es que yo he tenido por opi-

nión siempre cuerda que, para una vez, no hay mujer mala, ni comedia, como ni para dos veces comedia ni mujer buena.

Verdad es que, en mi concepto, todas, hay por qué quererlas, y todas, por qué dejarlas; y esto bien claro lo prueba el refrán: "no vivirás ni con ella ni sin ellas."

Verdad es que la casada por fruta vedada, ale-gra bien, como también por fruta agridulce la doncella.

Y pues que de frutas va, la viuda a mí me con-tenta, por fruta sin hueso, como me refrena la soltera, porque, a dos favores, es la soltera fruta injerta; la fregona, porque es fruta más barata, aunque más puerca; y a las demás del rebusco, ¡lavarlas para comerlas!

Pero aunque esta condición tras su variedad me lleva, no por eso a los amigos falta la correspondencia.

MOSCATEL: Aunque más digas ni hagas de esta fruta culebresca, el querubín es mi amor, que de ti me la defienda.

ALONSO:

Pues vaya, ¿en qué estado estás?

MOSCATEL: Que venturoso merezca alguna esperanza, quiso mi amor.

ALONSO:

¡Agora te diera más de dos mil bofe-

tadas de buena gana! ¿Qué quieras, don Juan?

¿Que yo sufra un loco decir cosas como éstas?

¿Qué esperanza ni qué amor entre quien almohaza y friega?

JUAN:

Así se conserva el mundo.

ALONSO:

Sí, mas con malas conservas.

Sale INÉS, tapada, con un papel

INÉS: ¿Señor don Juan?

JUAN:

¿Quién me llama?

INÉS: Yo soy.

JUAN:

Vengas norabuena,

Inés.

INÉS: Para haberte hallado he dado en Madrid mil vueltas.

JUAN:

¿Qué ha sucedido, que así vienes?

MOSCATEL: (Inesilla es ésta;

Aparte

quiera el cielo que mi amo no la atisbe ni la vea).

INÉS: A darte aqueste papel he venido. Adiós.

JUAN:

Espera; le leeré.

Lee don JUAN, y entretanto se pone MOSCATEL en medio de don ALONSO e

INÉS

ALONSO: (No tiene, a fe, **Aparte** mala cara la mozuela).

MOSCATEL: ¡Vióla! No daré un ochavo por mi honra toda entera.

ALONSO: Oye,

Moscatel.

MOSCATEL: ¿Señor?

ALONSO:

Si como esta moza fuera la tuya, te

disculpara, si hay disculpa que amor tenga.

MOSCATEL: (Celos, vamos poco a poco;

Aparte no matéis con tanta priesa). ¿Ésta te parece bien?

ALONSO:

Pues ¿no es bien hermosa ésta pa-
ra fregona?

MOSCATEL: No es sino muy mala y muy fea.

Si vieras, señor, la mía, pondría el alma que dijeras que era el
pecado nefando, si entraba en su competencia.

ALONSO:

¡Viven los cielos, que mientes!

JUAN:

Ya he leído.

ALONSO: ¿Y qué hay?

JUAN:

Mil quejas de Leonor, y en fin me

avisa que bien puedo ir a verla, que no hay sospecha de mí por una
industria--cuál sea no dice--.

Después de todo, yo volveré a daros cuenta.

Vamos, Inés.

Vase don JUAN

ALONSO:

Moscatel, no la dejes ir, deténla.

MOSCATEL: (¿Esto más, celos?)

Aparte

ALONSO: ¡Ah, hermosa!

INÉS: ¿Qué quieres?

ALONSO:

Veros quisiera yo esa buena cara.

MOSCATEL: (¡Ay, cielos!)

INÉS: Hay mucho que ver en ella, y no vengo tan despacio.

ALONSO:

Yo la sabré ver apriesa.

MOSCATEL: (Y aun dejar de verla y todo). **Aparte Salen don LUIS y don DIEGO**

DIEGO:

La criada suya es ésta.

LUIS: Desde su casa le he visto salir, y vengo tras ella por ver si para Beatriz darla un recado pudiera.

INÉS: (No sé lo que Moscatel **Aparte** me quiere decir por señas).

DIEGO:

Con don Alonso de Luna habla.

LUIS: Cierta es mi sospecha; que venir una criada de Beatriz de esta manera a buscarle, estar él siempre en su calle y a sus rejas

con el otro amigo suyo, mirar que cuando se aleja se quedan los dos hablando, no es posible que no sean lances de amor.

DIEGO:

¿Qué queréis hacer?

LUIS: Que aquí no me vean, que no tengo yo favores para que empeñarme pueda, y reñir un des-valido es valentía muy necia.

DIEGO:

Decís bien, y quizá mienten los viles celos que os cercan.

LUIS: Nunca son viles los celos, don Diego.

DIEGO:

Opinión es nueva.

LUIS:

¿Hay más nobleza que hablar verdad?

Pues esta nobleza sólo los celos la tienen, porque no hay celos que mientan.

Vanse don DIEGO y don LUIS

INÉS: Bien está. Adiós, que es muy tarde.

ALONSO: Dejas que vaya siquiera con vos aquesse criado.

No vais sola.

INÉS: Norabuena; venga el criado conmigo.

MOSCATEL: (¡Que esto escuche! ¡Que esto vea!) ALONSO:
Moscatel.

MOSCATEL: ¿Señor?

ALONSO: Escucha:

Inés me ha dado licencia para que en mi nombre vayas hasta su casa con ella; ve, y dirásle en el camino que como tal vez se venga a casa, no faltará algún regalo que hacerla.

MOSCATEL: ¿Es posible que tal dices?

ALONSO:

Sí, que si en su amor ya es fuerza

acompañar a don Juan, no es muy mala conveniencia tener quien aquel instante también a mí me entretenga.

MOSCATEL: Yo se lo diré.

ALONSO: En los trucos te aguardo con la respuesta.

Vase don ALONSO

MOSCATEL: (¡Quedamos buenos, honor!)

Aparte

INÉS: Vamos, Moscatel, ¿qué esperas?

MOSCATEL: Vamos, Inés.

INÉS:

Pues, ¿tan triste conmigo vas, que aun apenas alzas a verme la cara? ¿Qué es aquesto?

MOSCATEL: ¡Ay, Inés bella! ¡Ay, dulce hechizo del alma qué de cuidados me cuestas!

INÉS: ¿Qué tienes?

MOSCATEL: Amor y honor.

Quiero y sirvo, y hoy es fuerza entre mi dama y mi amo, que no sirva o que no quiera.

INÉS: No entiendo tus disparates.

MOSCATEL: Pues yo haré que los entiendas.

Don Alonso, mi señor, te vio, Inés, y a Dios plu-guiera que antes cegase, aunque yo el mozo de ciego fuera.

Vióte, Inés, ¡ay Dios!, y al verte fue precisa consecuencia quererte; no tanto, Inés, por tu infinita belleza, como por su amor finito, que eres, al fin, cara nueva.

Conmigo a decirte envía...

(Aquí se turba mi lengua, aquí la voz se suspende, y aquí los sentidos tiemblan).

Con más afectos, que cuando

Prado hizo al rey de Suecia dice que si vas, Inés, a verle, tendrás (¡qué pena!), si es por la mañana, almuerzo, si es por la tarde, merienda.

Bien veo que es la mayor infamia y mayor bajeza de un amante ser tercero

(¡un volcán soy, soy un Etna!) de su dama; mas también veo que es mayor afrenta ser desleal a su dueño.

Y así, entre una y otra deuda, amigo, amante y leal, cumplo con que de mí sepas que él te quiere, y yo lo lloro, porque al fin, de esta manera, tu amor digan y mis celos tu alegría y mi tristeza.

INÉS: ¡Grosero, descortés, loco!

Detén esa aleve lengua, que no sé, no sé que has visto en mí para que te atrevas a hablar con tal libertad a una mujer de mis prendas.

Dile a tu amo, villano, que soy quien soy, y no tenga pretensiones para mí; que de cualquiera manera iré a servirle a su casa, porque yo no soy de aquellas mujercillas que se pagan en almuerzos y meriendas, que soy moza de capricho, y eso le doy por respuesta.

MOSCATEL: ¿Eso dices?

INÉS: Eso digo; y presto de aquí te ausenta, no te vean en mi casa, mira que ya estamos cerca.

MOSCATEL: En fin, ¿te vas enojada?

INÉS: No me sigas, no me veas.

MOSCATEL: Obedecerte es forzoso.

Pues tan triste, Inés, me dejas,

"Bien podéis, ojos, llorar, no lo dejéis de ver-güenza."

Vase MOSCATEL

INÉS: Aquésta es mi casa; el manto me he de quitar a la puerta, que para esto solamente creo que en las faldas nuestras usamos los guardainfantes.

Ahora, aunque mi ama la necia me haya echado un rato menos, no sabrá que he estado fuera.

Nadie de ustedes lo diga, que los cargo la conciencia.

Vase y salen don JUAN y LEONOR. Luego vuelve a salir INES

LEONOR: Esta mentira ha sido la que nuestro cuidado ha divertido.

JUAN:

Fue del ingenio tuyo, que con eso
que fue sutil arguyo.

LEONOR:

Ya del todo perdida la vida, restauré en parte la vida, pues lo que era evidencia puse con el engaño en contingencia; que no es pequeño avi-so saber hacer dudoso lo preciso.

JUAN:

Tu padre, en fin, ¿de entrambas
sospechoso quedó?

LEONOR: Tanto, que anda cuidadoso, yendo a casa y viniendo, escuchando a la una, a la otra oyendo.

Hasta aquí no ha sabido cómo el papel, ni para quién ha sido, porque Inés, que tenía sola noticia de la culpa mía, sin que a decirlo acuda, dejó en su fuerza la primera duda.

INÉS: Yo no dije que era el papel de Beatriz, porque pudiera el papel desmentirme, y así en lo que dijiste estuve firme.

JUAN:

Dicha fue que viniera el papel de

manera que a entrambas convenía, que bien se acuerda le memoria mía de que no te nombraba y de que escrito de otra letra estaba.

Pero dime, ¿qué ha hecho

Beatriz al testimonio?

LEONOR:

Yo sospecho que, sujeta al indicio,

si juicio tiene, ha de perder el juicio, pues sobre su melindre y su locura tan vana de su ingenio y hermosura, verse indiciada tanto de una sospecha, la convierte en llanto.

Y estoy, don Juan, gustosa de manera de verla así, que diera porque fuera verdad y no fingido el amor que en su culpa he introducido la vida.

INÉS: Piensa tú, señor, qué haremos por llevar adelante sus extremos.

LEONOR: De nuestro amor industria lisonjera el divertirla y el culparla fuera, pues con eso dejara de perseguirme a mí, y ella callara.

JUAN:

Ahora bien: pues yo quiero de esta

venganza tuya ser tercero, y trayendo conmigo para que la entretenga un cierto amigo, haré... pero ella viene después lo oirás, que aquí callar conviene.

LEONOR:

Pues vete, no te vea; que aunque

aquesta sospecha en ti no sea a toda ley, bien creo que es mejor desvelar nuestro deseo.

JUAN:

Pues adiós, Leonor bella.

INÉS: ¡Santiago y cierra, España! ¡A ella, a ella!

Vanse INÉS y don JUAN y sale BEATRIZ

BEATRIZ: Aquí, que Fénix estoy

--porque en fin la fantasía hace y no hace compañía-- soliloquiar quiero hoy en qué infelice soy y en qué horóscopo nací; pues siendo mi honor en mí sol que el día iluminó, el eclipse padeció, y yo el efecto sentí.

Entre mi nombre y mi ardor, con epiciclo confu-so, el cuerpo opaco me puso la mentira de Leonor.

LEONOR: ¿Qué me quieres?

BEATRIZ: Es error, aunque a solas te he nombrado, fantasear que te he llamado; que si el nombrar es llamar, hoy desvía con nombrar al contrario mi cuidado.

LEONOR: Pues ¿por qué cruel conmigo tu voz a solas se emplea?

BEATRIZ: ¿Por qué? ¿Me interrogas? Sea tu mendacio tu castigo.
¿Tú no fuiste, amor testigo, la escrita?

LEONOR: Sí.

BEATRIZ:

¿Tú no fuiste la que al paterno dijiste, al fin, que era para mí el
lineado papel?

LEONOR: Sí.

BEATRIZ: ¿Tú no fuiste quien hiciste tan válida la mentira que
embelecó a la verdad, acuado su puridad?

LEONOR: Sí,

Beatriz.

BEATRIZ: Pues, ¿qué te admira lamentar tu fraude?

LEONOR:

Mira lo que tu enfado causó; que no

lo inventara, no, si tú ayudaras mi engaño; mas ya sucedido el daño,

Beatriz, primero era yo.

Negarte a solas no quiero que mía la culpa fue, pero tampoco
querré confesársela a un tercero.

Yo amo, yo adoro, yo muero de amor... (¡Mi padre, ay de mí!) **Aparte**

**Sale al paño don PEDRO por las espaldas de BEATRIZ, y cara a
cara de LEONOR; ella le ve, y él se encubre**

PEDRO:

"Yo muero de amor" oí **Aparte** a

Leonor.

LEONOR: (Cure mi error **Aparte** mi vos). ¡"Yo muero de amor" dices delante de mí! ¡"Yo quiero"!

PEDRO:

(¿Esto llevo a ver?)

Aparte

LEONOR: ¡"Yo

amor"!

BEATRIZ: ¿Aquesto llego a oír?

LEONOR:

¿"De amor muero" ha de decir una principal mujer?

Mi padre lo ha de saber; que aunque tú me has dicho aquí que a él no, pero a mí sí lo confiesas, brevemente lo sabrá.

BEATRIZ: ¿Qué

dices?

LEONOR: Tente; no te apropincues a mí.

BEATRIZ: El concepto dificulto de tus extremos, Leonor.

LEONOR: No me empañes el candor de mi castísimo bulto.

BEATRIZ: ¡Qué mudanza!

LEONOR: ¿Tal insulto pronunciar tu lengua osa?

PEDRO:

(Leonor es la virtuosa). **Aparte**

BEATRIZ: Oye, hermana.

LEONOR:

Aqueso no, que tener no puedo yo
hermana libidinosa.

Vase LEONOR

BEATRIZ: ¿Quién tales extremos vio? ¿Quién vio tales sentimientos? ¿Quién vio tales fingimientos de un instante a otro?

PEDRO:

Yo.

Yo los vi, Beatriz, y no en vano el cuidado ha si-do que con las dos he tenido.

BEATRIZ: Señor, ¿tú estabas aquí?

PEDRO:

Sí, sí, Beatriz, aquí estaba.

BEATRIZ: ¿Oíste a Leonor lo que hablaba?

PEDRO:

Lo que hablaba a Leonor oí.

BEATRIZ: Luego, ¿ya estarás de mí desengaño-do?

PEDRO:

Sí estoy, pues he llegado a ver hoy
que una hermana menor pueda reñirte.

BEATRIZ: ¡Que tal suceda!

Infausta y crinita soy.

PEDRO:

¿Qué crinita, ni qué "infasta"?

BEATRIZ: Señor...

PEDRO:

Beatriz, bueno está; basta lo afec-

tado ya, lo enfadoso, Beatriz, basta; que es lo que más te contrasta para que vencida quede tu opinión.

Bien verse puede, si a hablar así te acomodas, que quien no habla como todas, como todas no procede.

Yo sé que el cuidado ha sido y el papel de un caballero bachiller y chocarrero, leve y mal entretenido, y que le quieres he oído cuando Leonor te reñía.

Culpa ha sido tuya y mía, mas remediaré yo; aquí el estudio acabó, aquí dio fin la poesía.

Libro en casa no ha de haber de latín, que yo no alcance; unas **Horas** de romance le bastan a una mujer.

Bordar, labrar y coser sepa sólo; deje al hombre el estudio, y no te asombre esto; que te he de matar si algo te escucho nombrar que no sea por su nombre.

BEATRIZ: Subordinada al respeto, girasol de tu semblante, en estilo relevante no frasificar prometo.

Deja, empero, a tu conceto desvanecer la apariencia que el engaño hizo evidencia, que hizo caso la malicia, queriendo con su injusticia captar su benevolencia.

PEDRO:

¡Perdiendo, Beatriz, el vicio, bien

enmendada te veo!

BEATRIZ: ¡Por tu anticipata...!

PEDRO:

Creo que hoy me has de quitar el
juicio.

Vanse. Salen don ALONSO y MOSCATEL

ALONSO: ¿Eso la pícara dijo?

MOSCATEL: De tu amor tan ofendida, como si fuera hija Inés del
Preste Juan de las Indias,

"Decid" dijo, "a vuestro dueño que de mi valor no vista, que soy
grande para dama, y para esposa soy chica."

ALONSO: Eso a reyes de comedia no hay condesa que no diga de
Amalfi, Mantua o Milán, mas no las de Picardía.

Si a mí se me diera algo, fuera la historia muy linda, porque no hay
cosa que tanto me canse y me dé mohina como ver una fregona que
a lo dama se resista. ¡Válgate el diablo, picaña! ¿Cómo no tienes a
dicha que te hable un hombre que al fin trae una camisa limpia?

MOSCATEL: Señor, cada ropa blanca su semejante codicia.

ALONSO:

Y ¿qué te pasó con Celia?

MOSCATEL: Estaba a su celosía asomada, y aun borracha, pues
dijo por qué no ibas a verla, y esto, señor, en juicio no lo diría,
porque ¿cómo has de ir a verla, si ya la viste ha tres días?

ALONSO:

Mi firmeza me destruye, porque to-

das imaginan, siendo galán al quitar, que lo he de ser de por vida.

Pues mejor es lo que a mí me ha pasado; como iba en un coche doña Clara, llamóme, lleguéme a oírla, y díjome que a la tarde

(¡ahí es una niñería!) le enviase veinte varas de lama, porque quería hacer en mi nombre una pollera, y a media risa pregunté de qué color.

Respondió que de la mía, y así al propósito hice de repente esta quintilla:

"De mi color, bien mi amor dar la pollera quisiera; mas es tanto mi temor que no me dejas color de qué hacerte la pollera."

Con esto me descarté de la lama.

MOSCATEL: Linda finca es un desenfado.

ALONSO: ¿Cómo?

MOSCATEL: Como paga a chanza vista.

ALONSO:

¿No sabes lo que en aquesto más

me mata, más me admira?

Que usándose hombre que nieguen, se usen mujeres que pidan.

MOSCATEL: Piden por su devoción.

(¡Qué presto de Inés se olvida! **Aparte** Celos, adiós).

ALONSO: Moscatel.

MOSCATEL: ¿Señor?

ALONSO:

¿Quieres que te diga una verdad?

MOSCATEL: Si contigo lo puedes acabar, dila.

ALONSO:

La Inesilla me ha picado.

MOSCATEL: ¿Tan aguda es la Inesilla?

ALONSO:

Y por hacer burla de ella solamente,

he de rendirla.

Allá has de volver.

MOSCATEL: ¿Yo?

ALONSO: Sí.

MOSCATEL: (Celos no adiós tan aprisa).

Aparte

Sale don JUAN

ALONSO: Y

dirás...

JUAN:

¡Gracias al cielo que os traigo nue-

vas un día de contento, porque amor no siempre ha de ser desdichas!

Ya cesaron sus disgustos, sus pesares, sus ren-cillas, que, como es niño, el semblante que ayer fue llanto, hoy es risa.

Ayer de vuestro valor me valí, cuando tenía em-peños de honor, y agora que han mejorado de dicha, me he de valer, don Alonso, de vuestra corte-sanía, buen gusto y sutil ingenio, porque en dos iguales líneas los dos extremos toquéis del pesar y la alegría.

ALONSO:

Pues bien, ¿qué os ha sucedido?

JUAN:

De cuanta culpa tenía,

Leonor hizo a Beatriz dueño, cautelosa y prevenida; dudó el padre entre las dos cuya fuese la malicia, y quedó por fe dudosa la que era culpa precisa.

Para ayudar este engaño con Beatriz y divertida, que si hay envidia entre hermanos, es la más cruel envidia, me ha pedido que con ella

algún nuevo amante finja, porque la importa en extremo o culparla o divertirla.

Y aquéste habéis de ser vos, ayudándoos ella misma a la entrada de su casa.

Y así, desde aqueste día la habéis de asistir, pasear, adorar su celosía, solicitar sus criadas, donde saliere, seguirla, escribirla...

ALONSO:

Deteneos, que ni hablarla, ni servir-

la, ni pasearla, ni mirarla sabré yo hacer en mi vida.

¿Yo mirar a una ventana embobado todo el día, haciendo el amor ardiente a un cántaro de agua fría? ¿Yo sobornar a una moza, porque mis penas la diga? ¿Yo abrazar un escudero con la barba hasta la cinta? ¿Yo seguir a una mujer ni saber dónde va a misa, ni si la oye?, que al fin, yo, don Juan, en toda mi vida la he averiguado a mi dama si tiene o no tiene crisma; y ellas se huelgan, pues todas niegan dónde se bautizan. ¿Yo escribir papel tan cuerdo que mil locuras no diga, donde el retozar no ande entre el afecto y la dicha? ¿Yo hablar a una ventana después de una noche fría, para pedir una mano? ¿Yo sufrir que muy esquiva me responda

"es de mi esposo," y con aquesta porfía me ande con su doncellez dando en cara cada día? ¡Vive Dios, que antes me deje morir, que a una mujer siga, ni solicite, ni ronde, ni mire, ni hable, ni escriba!

Porque en no teniendo yo libre entrada a mis visitas donde tome mi despejo a la primera vez silla, la segunda taburete y al tercera tarima, siendo mi lecho el estrado y mi almohada una rodilla, y haciéndola que me rasque la cabeza si me pida, no daré por cuanto amor hay en el mundo dos higas.

Y mirad, pues, qué mujer tan chistosa y entendida me traéis; una mujer que habla siempre algarab-

ía, y sin Calepino no puede un hombre entrar a oírla.

Y así, mirad si traéis algún disgusto en que os sirva, que voto a Dios que primero con diez hombre legos riña que con una mujer culta que ha de ser la dama mía, como fianza, abonada, sobre lega, llana y lisa.

JUAN:

En la corta, don Alonso, ¿cada día
no se mira, por hacer tercio a un amigo, enamorar a una amiga?

ALONSO:

También se mira, don Juan, en la
corte cada día perder uno su dinero por hacer tercio a una rifa.

JUAN:

Yo no quiero que tu amor sea, sino
que le finjas, que esto todo ha de ser burla.

ALONSO:

Mucho el ser fingido obliga, y hacer
burla de una loca tan vana y tan presumida...

MOSCATEL: (¡Qué presto hizo la razón

Aparte a la ocasión que le brinda!

Tan loco nos venga el año.

ALONSO:

Cuanto sea engaño y mentira, vaya;

mas pensar que tengo de obligarla ni sufrirla, es pensar un imposible.

JUAN:

Ni nadie a aqueso os obliga.

ALONSO:

Pues desde aquí empiezo a amarla.

JUAN;

Vamos a su casa misma, y en el

camino os diré de ella cosas conocidas que impor-tan, y haré que entréis a hablarla.

ALONSO: Vamos aprisa, que ya, de pensar, don Juan, lo que hoy a las burlas mías han de responder sus veras, me estoy muriendo de risa.

MOSCATEL: Quiera amor no pare en llanto.

ALONSO:

¿Qué llanto, necio, si miras que to-

do es burla?, pues sólo mi libertad solicita hacer buen tercio a don Juan, vengar a Leonor divina, burlar a Beatriz hermosa y retozar a Inesilla.

MOSCATEL: (No será, no, sino echarse

Aparte con la carga de mis dichas).

Vanse. Salen BEATRIZ e INÉS

INÉS: Grande es, señora tu melancolía.

BEATRIZ: ¿Cómo no ha de ser grande, y más si es mía?

(Y harta razón no tengo, pues por Leonor con mi ascendiente vengo a padecer calumnias de que amo, cuando la misma ingratitud me llamo? ¿Yo, pensar que he escuchado a un hombre amores, que admití un papel, que di favores, que entró en mi cuarto abriendo una fenestra, que fue el tacto la nube de mi diestra?

Cosas son que el escrúpulo más leve dentro de mí, ni aun a pensar se atreve.

Y así, aqúeste retiro, donde la luz del sol apenas miro, lúgubre será esfera en que, engañando lo que vivo, muera.

Estancia será esquiva en que, burlando lo que muero viva.

El sol, Narciso de carmín y grana, desde el primer fulgor de la mañana al paroxismo de la noche fría adonde espera el parangón del día, no me ha de ver la cara, si ya con luz no se penetra avara a esta mansión adonde mi profanado pundonor me esconde.

Lloren aquí mis ojos sinónimos neutrales, digo, enojos de torpes desvaríos, que son ajenos, y pare-cen míos.

Inés, ¿no me he quejado en bien humilde estilo, en bien templado?

Si mi padre me oyera, ¡Oh, cuánta enmienda en mis discursos viera!

INÉS: Mucha, aunque del tema reformado algunas palabritas te han sobrado.

BEATRIZ: Dime cuáles han sido.

INÉS: "Lúgubres" y "crepúsculos" he oído,

"equivocos", "sinónimos neutrales",

"fenestras", "paroxismos" y otros tales de que yo no me acuerdo.

BEATRIZ: ¡Con la estulticia que hay, el juicio pierdo!

Pues ¿ésas no son voces de cartilla, que un por-tero las sabe de la villa?

Mas desde aquí prometo que calce mi conceto a pesar de Saturno, vil zueco, en vez de trágico co-turno.

INÉS: (Enmendándose va). **Aparte**

BEATRIZ:

Y tú, si me oyeres frase negada a

bárbaras mujeres, por ver si en esto topa, tírame de la manga de la ropa.

INÉS: La concesión aceto, y ser fiscal de tu voz prometo.

Salen LEONOR, don ALONSO y MOSCATEL

LEONOR:

Ésta es Beatriz, y puesto que has

venido a divertirla, su galán fingido, hablar aquí podrás seguramente; yo, atenta a que no haya inconveniente, con don Juan allí hablando, hoy las espaldas te estaré guardando.

Vase LEONOR

ALONSO:

(¿Quién creerá que he tenido mudo
el amor, aun siendo amor fingido?)

INÉS: Moscatel, ¿qué es aquesto?

MOSCATEL: La droga introducir que se ha dispuesto.

INÉS: ¿Para qué entras tú acá?

MOSCATEL: ¿Para qué? Amo, y no has de estar a tiro de mi amo
sin escucha.

BEATRIZ:

Inés, ¿qué es esto?

INÉS: Un hombre, señora, es que hasta aquí se ha entrado.

BEATRIZ: ¡Un hombre en mi cubículo! ¿Qué haces?

INÉS: Tirarte de la manga.

BEATRIZ: ¡Necio

intento!

Detén, que sólo digo en mi aposento.

ALONSO

Hermosa Beatriz, la voz no des al

aire, no des al cielo quejas, huidas de la prisión del clavel.

Oye piadosa mis ansias sin enojarte, porque no siempre fue de lo hermoso patrimonio lo cruel.

BEATRIZ: ¿Andáis por antonomasias?

INÉS: Dos veces tiro.

BEATRIZ: ¡Está bien!

Atrevido caballero,

--que te has osado a romper la clausura donde el sol, que fénix y hoguera es, si tal vez entra atrevido, sale cobarde tal vez; y a no traer por disculpa que me viene el día a traer, no osara donde estoy yo a entrar en átomos él--, ¿qué atrevimiento, qué audacia rige tu alevoso pie? ¿Qué osadía, qué ardimiento te ha conducido, bajel derrotado, a investigar enjutos piélagos, que surcó tarde, mal o nunca racional piloto? Pues en Sirtes de mi recato, Escilas de mi desdén, en Caríbdis de mi honor, sólo has de hallar, has de ver o para que a fondo vayas, o para dar al través cuatro o seis desnudos troncos de dos escollos o tres.

INÉS: (Aquí empiezan sus engaños). **Aparte** MOSCATEL: (Él mismo vaya con él) **Aparte** ALONSO: Peritísima

Beatriz,

Beatriz, dulce enigma en quien vive de más el hablar o de más el parecer, pues a una deidad le sobra que hermosa en extremo es ser en extremo entendida; no admires de salto que golfo navegue, ignorando

--naufragio mi aliento, pues-- tu discreción, tu belleza; entre el mirar y el saber hurtar pude sitio al mar, y mucho agradable en él.

INÉS: (También ha menester éste

Aparte que

le tire Moscatel).

ALONSO:

Yo soy aquel que dos años viviente

girasol fue de la luz de tu beldad; fragante al llegar-te a ver cuanto mustio al ausentarse, que entre el morir y el nacer no hubo más distancia que entre si se ve o si no se ve.

INÉS:

(Atención, señoras mías; **Aparte** entre mentir o querer, ¿cuál será lo verdadero, si esto lo fingido es?)

ALONSO:

La causa hoy de este alboroto es

haber hallado ayer tu padre el criado mío que te traía un papel; y viendo la obligación que tengo a quien soy, osé, temeroso de tu riesgo, agora que ocasión halle, entrar hasta aquí.

BEATRIZ: Deténte, que ya me incumbre saber, aunque mi riesgo derogue la más inviolable ley, qué papel o qué criado aquése que dices fue.

ALONSO: El criado, este criado; el papel, aquel papel que abrió Leonor, siendo tuyo, porque a ella se le dio Inés.

INÉS: Yo no se le di, que ella me le quitó sin querer.

BEATRIZ: ¿Tuyo era el criado?

ALONSO: Sí.

BEATRIZ: ¿Y tuyo el papel?

ALONSO: También.

BEATRIZ: ¿Y para mí?

ALONSO: Pues, ¿qué dudas?

BEATRIZ: Antes no dudo, pues sé que mi muerte y mi homicida fuiste de mi paz, cruel tirano, que introdujiste enscrúpulos en mi fe.

Vuelve, vuelve las espaldas de piadoso, o de cortés, que solicitas mi muerte si aquí mi hermana te ve, porque hará verdades hoy los fingimientos de ayer.

INÉS: (¡Qué fácilmente creyó lo que él contó y yo afirmé!) **Aparte**

MOSCATEL: (En fin, no hay cosa más fácil **Aparte** que engañar a una mujer.)

BEATRIZ: Y no quieras más victoria, de mi vanidad, que ver que por ti lloran mis ojos, que puede, en efecto, hacer costar lágrimas un hombre sin que-rerle una mujer, que no las lágrimas siempre señas son de querer bien.

Vete.

ALONSO: (Más lo deseo yo,

Aparte que

estoy ya para perder el juicio, pensando modos para responderte).

BEATRIZ: No des más escándalo en mi casa, que basta el primero ser que concupiscible oí.

Tírale de la manga INÉS

No tires más, déjame, que tienes traza, por Dios, de dejarme muda.

ALONSO: En fe, diámetro al menos serte no rehusa aquesta vez mi opuesto planeta; quiero obe-deceros cortés, pero en sabiendo mi amor.

BEATRIZ: Pues adiós, que ya lo sé.

ALONSO:

No se ha empezado muy mal.

MOSCATEL: Ni se ha acabado muy bien; que viene gente.

INÉS: ¡Ay, señora, ir no le dejes!

BEATRIZ: ¿Por

qué?

INÉS: Porque al paso están hablando

Leonor, don Juan, y también tu padre.

MOSCATEL: El padre es el diablo de estos enemigos tres.

BEATRIZ: Mi climatérico día es hoy, ¡ay de mí!, si os ven, porque contra mí los cielos han sabido disponer evidencias que acreditan culpas que no imaginé.

Para el cuarto de mi padre el paso esta cuadra es; no podéis salir de aquí, ni allá dentro entrar podéis; y así, antes que aquí entren, fuerza el es-conderos es.

ALONSO:

¿Es comedia de don Pedro

Calderón, donde ha de haber por fuerza amante escondido o rebozada mujer?

BEATRIZ: Esto conviene a mi honor.

ALONSO:

¿Yo me tengo de esconder:

MOSCATEL: Inés, mala burla es ésta.

INÉS: Y muy mala, Moscatel.

BEATRIZ: Esto he de deberos.

ALONSO: (Cielos **Aparte** considerad que no es bien darme tan fino el pesar, siendo tan falso el placer).

BEATRIZ: ¿Qué esperáis?

ALONSO:

¿Qué he de esperar?

Saber adónde ha de ser donde tengo de escon-derme.

INÉS: Donde estar mejor podréis es en aquella alacena de vidrios.

BEATRIZ: Has dicho bien.

ALONSO:

¡Lindo búcaro del duque o de La

Maya seré! ¿Yo en alacena de vidrios? ¡Voto a Dios!

BEATRIZ: Preciso

es.

INÉS: Entrad.

ALONSO:

Sin un calzador no es posible.

INÉS: Entra también.

MOSCATEL: ¿Es alacena de dos como mula de alquiler?

Éntranse en una alacena, québranse vidrios y salen don PEDRO, LEONOR y don JUAN

INÉS: Mirad que quebráis los vidrios.

PEDRO:

Hola, unas luces traed a esta sala.

JUAN:

(¡Vive Dios,

Aparte que no sé lo

que he de hacer si halla a don Alonso aquí don Pedro! Que yo bien sé que no tiene el cuarto puerta por donde salir, y en fe de haberle empeñado yo, y ser mi amigo también, no sé, como llegue a verle, qué remedio puede haber).

LEONOR: (¡Oh, nunca hubiera inventado **Aparte** la venganza que busqué, pues empezando de burlas, tan de veras viene a ser!)

PEDRO:

Aquestas noches, don Juan, ¿a qué

hora os recogéis?

JUAN:

Temprano. (Aquesto es decirme

que me vaya, y fuerza es.

En grande peligro dejo a don Alonso, por ser mi amigo; el estarme aquí no es posible; lo que haré será estar siempre a la mira de lo que ha de suceder).

Quedá a Dios.

PEDRO:

Adiós. Alumbra al señor don Juan,

Inés.

JUAN:

No habéis de salir de aquí.

Va INÉS alumbrando, y vase don JUAN

PEDRO:

Yo sé bien lo que he de hacer.

Vase don JUAN

LEONOR: (¿Adónde Beatriz habrá, **Aparte** pues yo no lo puedo ver, a don Alonso escondido?) BEATRIZ: (¡Que tantos sustos me dé **Aparte** un hombre que no conozco!)

Vuelven don PEDRO e INÉS con la luz; a tiempo que se quiebra un vidrio, déjase INÉS caer la luz

PEDRO:

Entra aquesa luz, Inés, en mi cuarto.

LEONOR: (Ahora sin duda **Aparte** da en su aposento con él).

PEDRO:

Entrad conmigo las dos, que os tengo que hablar...mas ¿qué es aquello?

Déjase caer el candelero INÉS

INÉS: El candelero se me cayó.

PEDRO:

¡Que no estés nunca, Inés, en lo que haces!

INÉS: Sí estoy, señor.

Vanse don PEDRO y LEONOR

BEATRIZ:

Oye, Inés; pues mi padre se recoge

tan presto, haz al punto que salgan de ahí aquestos hombres sin que lo llegue a entender

Leonor.

INÉS: No lo entenderá.

Mas dime cómo ha de ser, que mi señor no bajó con don Juan por ser cortés tanto como por cerrar las puertas.

BEATRIZ: Procura hacer que salgan como pudieren.

Vase BEATRIZ

INÉS: Ya por donde salgan sé.

--Mis aprensados señores, bien desdoblaros podéis.

ALONSO:

¡Vive Dios, que si no fuera, pícaro,

por no sé qué, que te matara!

MOSCATEL: No pude más, si los vidrios quebré, que eran vidrios, en efecto.

INÉS: Venid conmigo.

ALONSO: ¡Ay, Inés!

Si fuera por ti el secreto, fuera empleado más bien.

MOSCATEL: No fuera sino es más mal.

ALONSO:

¿Qué ahora de temor estás?

Vamos.

A INÉS

Mas, por no perder ocasión, toma un abrazo.

MOSCATEL: (Cordero en brazos de Inés, **Aparte** el hombre le vio mil veces, pero sola aquesta vez es el abrazado el hombre y el cordero el que lo ve.

INÉS: Salgamos presto de aquí.

ALONSO:

¿Quién dice que no?

INÉS: Que aunque mi señor cerró las puertas, bien salir los dos podréis; arrojaos sin que os sien-tan por este balcón. Ea, pues.

ALONSO: ¿Eso tenemos

ahora,

Inés? ¿Balconear, después de una alacena?

INÉS: Esto es fuerza.

MOSCATEL: Y digas, la tal Inés, ¿es muy alto?

INÉS: Del segundo cuarto no más; no aguardéis.

ALONSO:

¿Mas que me quiebro una pierna?

Hombres que enamoráis, ved; si estos lances en quien ama se dejan aborrecer, en quien no ama,

¿qué será? ¡Mal haya quien quiere bien!

Vanse

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen INÉS y BEATRIZ

INÉS: Porque del balcón habiendo los dos Luzbe-les caído...

BEATRIZ: ¡Ay, Dios! ¿Cómo, Inés, ha sido?

INÉS:

...llegaron con mucho estruendo unos hombres, pretendiendo conocerlos, y después repararon (tanta es de amo y mozo la destreza) el uno con la cabeza lo que el otro con los pies.

BEATRIZ: ¿Qué dices?

INÉS: Lo que ha pasado.

BEATRIZ: ¿Quién, Inés, te lo contó?

INÉS: Cuanto he referido yo relación es de un criado del galán de pie quebrado, como copla, que por ti saltó del balcón.

BEATRIZ: Y di: ¿quién le vulneró?... le ha herido, digo.

INÉS: Eso no se ha sabido.

BEATRIZ: ¿Doliente en fin yace?

INÉS: Sí; pierna y cabeza llevó quebradas, aunque ya está mucho mejor.

BEATRIZ: ¿Quedaré

claudicante?

INÉS: ¿Qué sé yo que es claudicante? ¡Que no has de perder vicio tal!

BEATRIZ: ¿Hay demencia? ¿Hay tosca igual?

Di, ¿el claudicante no es hombre de alternados pies que se ambula desigual?

INÉS: No sé lo que es ni que no; sólo sé, de temor llena, que ha estado herido.

BEATRIZ: (Su pena, **Aparte** ¡ay de mí!, pa-dezco yo. ¿Qué pócima que bebió

--¡Qué delirio! ¡Qué ardimiento! ¡Qué ultraje!

¡Qué tormento!-- el alma por el oído que la concibe un sentido, y la aborta un sentimiento? ¿Qué es lo que pasa por mí?

Pero si yo de mí sé, yo misma me lo diré.

Conjurado contra mí al dios de los necios vi, por ver cuánto baldonaba su deidad; y cuando estaba más fiera en la ofensa mía, ya los efectos sentía de las causas que ignoraba.

Un hombre en mi cuarto entró de mis ansias in-formado, resuelto y determinado.

Acción fue que me obligó al compás que me ofendió, pues si ofensa el amor piensa, la acción ser en mi defensa la construye obligación.

Luego compatibles son la obligación y la ofensa.

Vino mi padre, y aquí trágica mi historia fuera si cortés no obedeciera los preceptos que le di.

Por mí escondido, y por mí precipitado y caído, quedó de otra mano herido; pues si iguales llego a ver que sentir y agradecer, ¿cuál será lo preferido?

Es decir que su mal siento ilícito a mi valor y lícito no a mi amor faltarme agradecimiento; sentir por mi parte intento que a mí se pueda atrever; por la suya, que a tener llegue por mí tal pesar; y temo acabar de amar donde empiezo a agradecer).

INÉS: ¿Qué pena es ésta, señora? ¿Qué tienes, que triste estás?

BEATRIZ: ¿Qué quieres que tenga más?

INÉS: No le gastes a la aurora las blancas perlas agora que has de echar menos después.

BEATRIZ: ¡Ay, Inés mía! ¡Ay, Inés!

Si tú guardarme quisieras un secreto, tú supieras mi tormento.

INÉS: Dile pues; que aunque siempre en mi lugar San Secreto esclarecido día de trabajo ha sido, le quiero canonizar y hacer fiesta de guardar.

BEATRIZ: Pues si eso ha de ser así, yo he de fiarme de ti.

A este galán caballero agradecer, Inés, quiero lo que ha pasado por mí.

Pero no quisiera que él sepa que lo siento yo, porque ser piadosa, no es dejar de ser cruel.

A mi obligación fiel, y fiel a mi honor, que intente saber de él mi fe consiente, no por él, sino por mí.

INÉS: Claro está que será así.

(¡Ay, señores, que ya siente!)

Aparte

BEATRIZ: Quisiera que te llegaras, como que de ti salía a visitarle, Inés mía, y de su mal te informaras.

INÉS: ¿Y qué más?

BEATRIZ:

Que le llevaras una banda, y le dijeras que tú la ladrona eras del favor.

INÉS: Está muy bien; y haré este papel tan bien como tú misma lo hicieras.

Dame la banda, y verás cuál mi chinelita anda.

BEATRIZ: Yo voy, Inés, por la banda; pero mira que jamás nada a Leonor le dirás.

INÉS: Nada le diré a Leonor.

Vase BEATRIZ y sale LEONOR ¡Victoria por el Amor!

LEONOR:

¿De qué es el contento, Inés?

INÉS: Yo te lo diré después, aunque primero es mejor, que reviento, te prometo, porque en Dios y mi conciencia que hizo vuestra diligencia en Beatriz un grande efeto.

LEONOR: ¿Qué

fue?

INÉS: Encargóme un secreto, y fue haberme en-comendado que le cuente de contado; claro es, pues cuando no fuera por decirlo, lo dijera por habérmelo encargado.

De Beatriz la fantasía ya don Alonso rindió; en tal lenguaje le habló que, a pesar de su porfía, conmigo una banda envía; en fin, en fin, ha de ser mujer cualquiera mujer.

Por la banda quiero ir, y, pues te lo he de decir yo, tú no lo has de saber.

Vase INÉS

LEONOR: Digo que no lo sabré.

Sale don JUAN

JUAN:

Pues ya yo lo tengo oído;

..... [--ido]

..... [--é].

..... [--é] ahora veo que en amor número hay, pues en rigor, por no dejarte infeliz crece un afecto en Beatriz cuando ha faltado en Leonor.

LEONOR: Pues, ¿en mí ha faltado?

JUAN:

Sí, en ti, Leonor, ha faltado; que

aunque he sufrido y callado mis desdichas hasta aquí, fue porque pensé hoy de ti que averiguarlas pudiera sin que a ti te lo dijera; mas siendo fuerza sentir las, no muera yo sin decirlas, ya que sin vengarlas muera.

Don Alonso por tu gusto a hablar a Beatriz entró; ni arguyo ni pruebo yo si fue justo o no fue justo.

Por excusar su disgusto a costa de su opinión se arrojó por un balcón; y ya que en la calle estaba a esperar en qué paraba su empeño, fue en ocasión el bajar, que habían entrado dos hombres en ella, y yo me desvié, porque no les diese el verme cuidado.

Estando, pues, apartado, las cuchilladas oí, y a ellas al punto acudí; y por presto que llegué, ya los dos hombres no hallé y herido a mi amigo vi.

Mira si de mis recelos puede haber causa mayor, pues en su fingido amor vi mis verdaderos celos.

.....

[-elos]

Quien acuchilla (¡Ay de mí,

Leonor!) en tu calle así a quien sale de tu casa, bien dice que en ella pasa mi agravio. Por ti y por mí disimular he querido, como he dicho, hasta llegar (¡ay Leonor!) a averiguar quién ese galán ha si-do; y viendo que no he podido y que son intentos vanos porque mis celos villanos no murmuren en mi mengua, quiero que diga la lengua lo que no han hecho las manos. ¡Quédate, ingrata, que no, pues que ya me he declarado, me has de ver desenga-

ñado en tu vida!

LEONOR: Pero yo, ¿no tengo una hermana?

JUAN:

No; que si tú hermana tuvieras de

quien amores supieras, no culparla procuraras

..... [--aras] ni de burlas ni de veras; y supuesto que has querido fingirla un galán, infiero que a tenerle verdadero no se le dieras fingido.

LEONOR: ¡Plegue al cielo...!

JUAN:

No te pido satisfacciones, Leonor.

LEONOR:

Ni éstas lo son, que es error cuando
nunca te he ofendido.

JUAN:

Pues que tú la causa has sido, deja
que muera mi amor.

Vanse. Salen don ALONSO y MOSCATEL

MOSCATEL: Señor, ¿qué tienes? ¿Qué es eso?

¿En qué piensas? ¿En qué tratas? ¿En qué discurre? ¿En qué
imaginas? ¿En qué andas? ¿Tú melancólico? ¿Tú divertido? ¿Qué
mudanza es aqués-ta: ¿Tan valida ha sido una cuchillada? ¿Tanto
poder ha tenido tu herida, tanta privanza un balcón, que han
acabado contigo no hablar de chanza?

ALONSO:

¡Ay de mí!, que no sé, no, qué es lo

que siento en el alma, que es bien y parece mal, que es gusto y
parece ansia, que es gloria y parece pena; dicha, y parece
desgracia, contento, y parece agravio; lisonja, y parece rabia;
porque es un loco accidente que a un tiempo da vida y mata, como
veneno compuesto de calidades contrarias.

MOSCATEL: ¡Hemos hecho buena hacienda!

ALONSO:

¿De qué te ríes?

MOSCATEL: No es nada.

ALONSO: ¡Ay de

mí!

MOSCATEL: ¡Otra vez!

ALONSO: ¿De qué es,

Moscatel, la carcajada?

MOSCATEL: Del suspiro, "ay de mí."

ALONSO: ¿Por

qué?

MOSCATEL: Porque, señor mío, engañan los señores: "ay de mí" es, amor te cogió en su trampa.

ALONSO:

Sin duda que estás borracho. ¿Yo

amor?

MOSCATEL: Tú amor.

ALONSO:

Pues, ¿qué hallas en mí, para imaginar cosa de mí tan contraria?

MOSCATEL: Unas cosas que se dicen, y otras cosas que se callan.

ALONSO:

¿Yo enamorado? ¿De quién, si yo

no he visto a otra dama sino a Beatriz?

MOSCATEL: De Beatriz.

ALONSO:

¿Yo, de un Ovidio con sayas? ¿Yo,
de un Virgilio con ropa, y un Cicerón con enaguas?

MOSCATEL: ¡Tú, señor! ¿No me dijiste que no era tan afectada
como don Juan te había dicho?

ALONSO: Es

verdad.

MOSCATEL: ¿Tú no la alabas de hermosa?

ALONSO: Sí.

MOSCATEL: Tú no sientes que hombres en su calle haya que
acuchillen?

ALONSO: No lo niego, pero tal tengo la causa.

MOSCATEL: Luego son celos.

ALONSO:

No son; que no se me diera nada

que hubiera hombres, como dieran celos y no cuchilladas; fuera de
que, si yo fui a verla, fue por burlar-la, de don Juan apadrinado, y
fuera historia muy mala haberme llevado a ser el burlado yo.

MOSCATEL: En la plaza un toricantano un día entró a dar una
lanzada, de un su amigo apadrinado; y airoso terció la capa, galán
se quitó el sombrero, y osado tomó la lanza viento pasos del toril.

Salió un toro, y cara a cara hacia el caballo se vino, aunque pareció anca a anca, porque el caballo y el toro, murmurando a las espaldas, se echaron dos melecinas con el cuerno y con el asta.

Cayó el caballero encima del toro, sacó la espada el tal padrino, y por dar al toro una cuchillada, a su ahijado se la dio; y siendo de buena marca, levantóse el caballero preguntado en voces altas:

"¿Saben ustedes a quién este hidalgo apadrina-ba? ¿A mí, o al toro?" Y ninguno le supo decir palabra.

Aplicáte: apadrinado de don Juan, fuiste a la casa de Beatriz, la suerte erraste, y nadie a saber alcanza si era don Juan tu padrino, o de Beatriz.

ALONSO: ¡Calla, calla! ¡Qué mal aplicado cuento!

MOSCATEL: Bien o mal, doy a Dios gracias de que ya no reñirás mi amor, pues que ya en la danza entras también.

ALONSO

Si es así, dime ya de aquea dama

qué es el nombre, enamorado. ¿De qué servicio es guardarla?

MOSCATEL: Eso no, que no se pierde tan presto una mala maña.

Llama INÉS dentro

ALONSO:

Mira quién llama a esa puerta.

MOSCATEL: ¿Quién es?

Sale INÉS

INÉS: ¿Está tu amo en casa,

Moscatel?

MOSCATEL: (¡Cielos! ¿Qué miro? **Aparte** Inés es ésta). ¡Ay, ingrata! ¡Viven los cielos, que vienes a verle!

INÉS: Pues, ¿qué pensabas?

(Quiero decir que es verdad, **Aparte** porque lo que más me agrada es dar celos de poquito).

Porque le importa a mi fama que don Alonso co-nozca que sé cumplir mi palabra.

MOSCATEL: ¡Bien honrado pundonor!

INÉS: Quita.

MOSCATEL: No has de entrar.

INÉS: Aparta.

ALONSO: ¿Quién habla contigo?

MOSCATEL: Nadie.

INÉS: Miente, que alguien es quien habla.

ALONSO:

Y muy alguien. Inés mía, una y mil veces me abraza.

INÉS: Mil veces te abrazo y una, por pagarte en otras tantas.

Pellízquela MOSCATEL ¡Ay!

ALONSO: ¿Qué es eso?

INÉS: Diome un golpe la guarnición de tu daga.

ALONSO:

No dudo que tu venida sea a darme

vida y alma, que aunque tú con Moscatel me respondiste enojada, en fin sabes que te quiero, y no has de ser siempre ingrata.

INÉS: Nunca lo fui yo contigo, que a la primera palabra dije que a verte vendría.

ALONSO:

¡Pícaro! Pues ¿tú me engañas?

MOSCATEL: ¿Yo, señor?

ALONSO:

¡Viven los cielos que he de matarte

a patadas!

MOSCATEL: (Cumplióse el refrán; mas no, **Aparte** que hacerme bailar les falta).

INÉS: En sabiendo a lo que vengo,

Moscatel se desengaña.

Duren los celos un poco.

MOSCATEL: ¡Voto a Dios! De una picaña...

INÉS: Pícaro, hablad con respeto; mirad que soy vuestra ama.

A don ALONSO

A solas quisiera hablarte.

MOSCATEL: ¿A solas?

ALONSO:

Salte allá, y guarda esa puerta.

MOSCATEL: (¿Yo la puerta? **Aparte** ¡Viven los cielos!)

ALONSO: ¿Qué

hablas?

MOSCATEL: Que soy leal, y no tengo de consentir tal infamia, que por una picarona exceso ninguno hagas y se aventure la vida.

ALONSO:

¿De cuándo acá tanto guardas mi

salud? Sale allá fuera.

MOSCATEL: No me saldré, si me matas, que esto conviene a tu vida.

ALONSO:

Nunca te he visto con tanta lealtad.

MOSCATEL: Guardéla otras veces para esta ocasión.

ALONSO: Ya basta.

Échale a empellones

Ya estás sola; vuelve, Inés, a abrazarme.

INÉS: Aunque culpada me has hecho en venir a verte, por la opinión de mi ama ha sido, no porque vengo, como dije, por tu causa.

ALONSO:

No sé qué quieras decirme.

INÉS: Dirélo en breves palabras.

Beatriz, habiendo sabido cómo hubo unas cuchilladas de donde herido saliste a las puertas de su casa, de tu herida condolida, de tu término obligada y de tu salud dudosa, te envía toda esta banda.

Favor es suyo, aunque ella me mandó que no llegaras a saber que ella la envía.

Con esto, adiós.

ALONSO: Oye, aguarda. ¿Beatriz se acuerda de mí? ¿Beatriz siente mis desgracias? ¿Beatriz me envía favores?

Novedad se me hace extraña.

INÉS: A mí no, porque en sabiendo que era tu voluntad falsa, supe que sería dichosa; que por no acertar en nada, más con nosotras merece quien finge, que no quien ama.

Sale MOSCATEL

MOSCATEL: (¡Qué mal descansa un celoso!

Aparte ¡Qué mal un triste descansa!

Mis penas veré, que menos es verlas que imagi-narlas).

ALONSO:

Inés bella, pues Beatriz hoy de ex-

tremo a extremo pasa, paso yo de extremo a extremo; que aunque fineza no haga de enamorado, de noble la he de hacer. Aquí aguarda a que el escriba un papel.

MOSCATEL: (Él se entra en esotra cuadra; **Aparte** descanse mi corazón).

Tigre fregatriz de Hircania vil cocodrilo de Egipto, sierpe vil, león de Albania, ¿tendrá mi lengua razo-nes, tendrán mis labios palabras para quejarse de ti?

INÉS: No.

MOSCATEL: Pues si voces me faltan, tengan mis manos licencia de darte de bofetadas siquiera.

INÉS: No quiera hacer tu mano tal, que ya bastan las burlas, que todo ha sido por sólo tomar venganza de que dudases de mí que soy casta.

MOSCATEL: ¿Qué haces casta?

Creeré primero traidora.

INÉS: No vine a ver...

MOSCATEL: Tú me engañas.

INÉS: ...a tu amo.

MOSCATEL: Pues, ¿por qué?

INÉS: A traerle...

MOSCATEL: ¿Qué?

INÉS: ...una banda.

MOSCATEL: ¿Cúya?

INÉS: De Beatriz, que ya un poco más claro habla.

MOSCATEL: ¿Y el abrazo?

INÉS: Fruta fue de palacio; eso no agravia, que si él abrazó el cuerpo, el alma tú.

MOSCATEL: Inés ingrata, si le das el cuerpo al otro, ¡dale a Barrabás el alma!

INÉS: Picón fue.

MOSCATEL: Pues los picones, si juegan, muden baraja o truequen la suerte. Dame los brazos.

INÉS: De buena gana.

Sale don ALONSO

ALONSO: ¿Qué es

esto?

INÉS: ¿Esto? Abrazar, en mi tierra.

MOSCATEL: Ha sido tanta la alegría de haber visto que ya esa fiera se ablanda

--La curiosidad perdona, si he escuchado cuanto hablas--, que le di a Inés este abrazo en albricias de la banda.

ALONSO:

Toma, Inés, este papel que le has

de dar a tu ama, y para ti este diamante.

INÉS: ¡Vivas edades más largas que...! Claro está que es el fénix suegra mentira de Arabia.

Vase INÉS

MOSCATEL: ¿Diamante la diste?

ALONSO: Sí.

MOSCATEL: ¿Y de balde?

ALONSO: ¡Qué

ignorancia!

MOSCATEL: Mil me lleven diablos hoy heréticos, si no amas a Beatriz.

ALONSO: ¿En qué los ves?

MOSCATEL: En que das sin esperanza.

No está en uso, ni está en rueca.

ALONSO:

Quien agradece no ama, y yo estoy

agradecido, no enamorado.

MOSCATEL: Esto basta, que en el infierno de amor, dicen que tiene más almas la virtud, de agra-decidas, que no los vicios, de ingratas.

Y así, hagamos, señor, cuentas, que no he de quedar en casa.

ALONSO: ¿Por qué, Moscatel?

MOSCATEL: Porque amo no quiero que ama, y que no me acuda a mí por acudir a su dama.

ALONSO:

Bien el haberte sufrido tantas locu-

ras me pagas.

MOSCATEL: Esto ha de ser.

Sale don JUAN

JUAN:

¿Qué ha de ser?

ALONSO:

Irse quiere de mi casa.

JUAN:

¿Por qué, Moscatel?

MOSCATEL: Porque ha hecho la mayor infamia, la mayor ruindad, mayor bajeza, mayor...

JUAN:

¡Acaba! ¿Qué ha sido?

MOSCATEL: ¡Hase enamorado!

Mira se tengo harta causa.

ALONSO:

En esta locura ha dado por haber

visto con cuánta fineza sirvo a Beatriz por vuestro amor.

JUAN:

A Amor gracias...

ALONSO: ¿Cómo?

JUAN:

...que ya de ese empeño libre estáis, como se acaba hoy mi amor.

ALONSO: Pues, ¿y Leonor?

JUAN:

Leonor de mi pecho falta, que como Amor es Fortuna, sujeto vive a mudanzas.

¿Vuestra amada, don Alonso?

ALONSO:

Yo no he ni de hablarla ni de verla en mi vida.

Pues, ¿volveré yo a su casa y a su calle a hablarla y verla, por la tarde y la mañana, siendo yo el descalabrado, y vos, la cabeza sana, no lo har-

éis?

JUAN:

No, porque herida más penetrante y tirana son mis celos, porque son mortal herida del alma.

ALONSO:

Pues troquemos las heridas, que yo

primero tomara, sea mortal o venial, tener hoy des-calabrada el alma que la cabeza, y esto bien claro se saca del efecto, pues si curan en falso una herida, mata, y a los celosos da vida cualquier cura, aunque sea falsa.

JUAN:

En fin, don Alonso, sea con poca o

con mucha causa, no he de volver a ponerlos en la confusión pasada.

ALONSO:

Ni por mí habéis de dejarlo, que a

mí no se me da nada.

JUAN:

Por mí lo dejo, y por vos, porque

vuestra herida basta.

ALONSO:

De una herida no escarmientan ca-

ballos de buena casta.

JUAN:

¿Yo me volveré a llegar allá?

¡Suerte excusada!

ALONSO:

Pues cuando por vos no sea, por

ver si a saber se alcanza quién me ha herido, he de volver.

JUAN:

Cuando importe a vuestra fama

desde acá fuera podremos hacer diligencias varias.

ALONSO:

Yo más pretendo, don Juan, buena

opinión con las damas que con los hombres, y no es bien que mujer tan vana como Beatriz, de mí piense...

JUAN:

Yo sabré desengañarla de todo.

ALONSO: Don Juan, don Juan, hablemos verdades claras; yo he de ir a ver a Beatriz.

MOSCATEL: ¡Hablara para mañana! ¡Y dirá que miento yo!

JUAN:

Si eso os importa, ¿qué os falta?

Id vos muy en hora buena.

ALONSO: ¿Cómo, sin que las espaldas me guardéis vos y Leonor?

JUAN:

Yo no he de volver a hablarla.

ALONSO:

Esto habéis de hacer por mí; que no

es cosa tan extraña, por hacer tercio a un amigo, volver a hablar a una dama.

JUAN:

Por vos, don Alonso, haré lo que en mi vida pensaba.

MOSCATEL: ¿Qué os andáis haciendo puntas, nobles de capa y espada, si ambos deseáis ir a verlas?

Y no hay cosa más usada que ser amancebamientos en los estrados y salas, ad perpetuam rei memoriam litigados, y se hallan contra los celos fiscales dos amigos y dos damas, porque cuando el uno riñe, el otro las paces trata.

JUAN:

Ahora bien, por vos iré; mas mirad, antes que vaya, que hay alacena.

ALONSO: ¿Qué importa?

MOSCATEL: Que hay balconazo.

ALONSO: ¡Que haya!

MOSCATEL: Que hay cuchillada.

ALONSO:

Eso no; fuera de que si amor traza

que por sola una mentira me sucedan cosas tantas, vengan ya, por ser verdades, alacena y cuchilladas.

Vanse. Salen don DIEGO y don LUIS

DIEGO:

Ya sabréis la voluntad con que
siempre os he servido.

LUIS: Conozco vuestra amistad, y sé, don Diego, que ha sido con
fineza y con verdad.

DIEGO:

Pues no me tengáis a exceso una
reprensión.

LUIS: No haré.

DIEGO:

Aquel pasado suceso...

LUIS: Queréisme decir que fue locura, ya lo confieso; porque haber
a un hombre herido que conmigo no ha tenido lances de competidor
no trae disculpa mejor,

Diego, que no haberla habido.

Fuerza es remediarlo, pues quien lleva ya en sus recelos

..... [--és] perdido el miedo a los celos, no se le tendrá
después.

DIEGO:

Y ahora, ¿qué habéis de hacer de lo
que ya se trató?

Pues es cierto que a saber vuestros intento llegó don Pedro.

LUIS: ¿Qué hay que temer?

Deshácese un casamiento, siendo santo sacramento, después que se efectuó, ¿y no lo desharé yo sin efectuarle?

Sale don PEDRO

PEDRO:

(Atento **Aparte** a este hielo que me abrasa, a esto, que me hiela, ardor, a lo que en mi agravio pasa, y al respeto de mi honor, salgo tan tarde de mi casa.

A don Luis pretendo hablar, que mejor es acabar de una vez con mi recelo, que no esperar que un mozuelo que es fábula del lugar se me atreva. Él viene aquí. ¡Cuánto de verle me alegro galán y noble! Éste sí.

DIEGO:

Vuestro suegro viene allí.

LUIS: Pues huyamos de mi suegro.

PEDRO:

¡Señor don Luis! Informado de deu-

dos vuestros he estado de que honrar habéis querido mi casa, y agradecido como es justo, os he buscado para mostrar cuánto estoy ufano de merecer...

LUIS: Señor don Pedro, yo soy el que las dichas de ayer tiene por disculpas hoy.

Confieso que me atreví a tanto empeño, y que fui venturoso en tanto empeño, pues ser de estas honras dueño por lo menos merecí.

Pero soy tan desdichado, aun con las dichas, señor, que para tomar estado, un nuevo empeño de honor lo ha deshecho y lo ha estorbado.

PEDRO:

¿De honor empeño (¡ay de mí!) os
retira de esto?

LUIS: Sí.

PEDRO:

Pues ¿cómo? ¿En qué (¡estoy mor-
tal!) puede a Beatriz estar mal?

LUIS: Que no lo entendáis así, que de vuestro enojo ha sido el
honor mal entendido.

Vos de mis disculpas no...

PEDRO:

¿De qué suerte?

LUIS: Porque yo, señor, habiendo sabido que su majestad --que el
cielo guarde por sol de esta esfera, por planeta de este suelo--, con
su católico celo sale aquesta primavera, y sabiendo cómo hacía
gente un señor de quien fui deudo, por ventura mía, que me honrase
le pedí con alguna compañía.

Hámela dado. Éste ha sido el empeño que he tenido para no tomar
estado, que el que es marido y soldado, no es soldado o no es
marido.

Si yo volviese, señor, entonces con más valor me podéis hacer feliz,
porque hoy casar con Beatriz no le está bien a mi honor.

Vanse don DIEGO y don LUIS

PEDRO:

"Porque hoy casar con Beatriz..."

¡Válgame el cielo! ¿Qué ha sido lo que he visto, lo que he oído?

Poco siento, ¡ay infeliz!

No me deja mi sentido...

Pero afligirme es error; si en aquel caso consiste su honor, miente mi temor, que en fin, cuanto piensa un triste siempre ha de ser lo peor.

Vase. Salen BEATRIZ e INÉS

BEATRIZ:

Inés, ¿cómo el papel tomaste?

INÉS: Como todo cuanto me dan, señora, tomo.

BEATRIZ: Sin duda le dirías que de mi parte ibas.

INÉS: Desconfías de mí sin causa, porque yo he callado que era tuya la banda, y el recado callé por tu respeto, como suelo callar cualquier secreto.

BEATRIZ: Pues, Inés, ¿a qué efeto, si es así, me has traído papel?

INÉS: (¡Vive el Señor, que me ha cogido!

Aparte

Mas yo me soltaré). Que le trajera, me dijo, y que si acaso hallar pudiera ocasión, te le diese.

Yo lo tomé porque de mí creyese cuán de su parte estaba; que, puesto que una banda le llevaba hurtada, que era tuya, bien creería que un papel, que es más fácil, te traería.

BEATRIZ: Esta satisfacción algo me agrada.

INÉS: (Aqueso es dar satisfacción honrada).

Leonor, señora, viene.

Sale LEONOR

BEATRIZ: Pues, que el papel me vea, no conviene.

Vase BEATRIZ

LEONOR: Bien pudiera yo agora decir con mayor causa --¿quién lo ignora?-- ¿qué idioma fue misivo el que en lineado papel ocultas en tu manga ajado?

BEATRIZ: Y yo también pudiera decir que en vano preguntarlo fuera, pues quien saber no quiere lo que quiero decir, saber no espere lo que callarle quiero.

LEONOR: ¡Inés,

Inés!

INÉS: ¿Pues no por hablar muero?

LEONOR: Inés, oyes, ¿qué ha sido este papel?

INÉS: ¡Qué poco te he debido! ¿No aguardaras siquiera a que sin preguntar te lo dijera?

Que se me hace conciencia, te prometo, la pregunta llevar, pero ¡un secreto!

Al paño BEATRIZ

BEATRIZ: Mal segura, escuchar desde aquí quiero qué hablan las dos.

INÉS: Fui a verle, y lo primero le dije que Beatriz me lo mandaba.

LEONOR: Bien

hiciste.

BEATRIZ: Yo mal, pues me fiaba de criada.

¡Ay, Leonor, que en ellas anda!

INÉS: Lo segundo, en su hombre di la banda.

BEATRIZ: ¡Ay, infeliz! ¿Qué he oído?

LEONOR:

En esa cuadra hay ruido.

INÉS: Don Juan es el que ha entrado.

LEONOR:

Pues, ¿cómo, si de aquí se fue eno-

jado, diciendo que en su vida no me había de ver?

INÉS: ¡Que estés tan nueva todavía que no sepas que cuando está un amante diciendo más furioso y arrogante

"No he de volver a verte, ingrata bella" es cuando muere por volver a ella!

BEATRIZ: Ya que a escuchar mis penas he empezado, acabe de escucharlas mi cuidado.

Salen don JUAN, don ALONSO y MOSCATEL

JUAN:

Pensarás que me han traído a ver-

te, Leonor, y hablarte mis celos, porque los celos

--perdona el civil lenguaje-- son ordinarios de amor, que así llevan como traen.

Pues no, Leonor, no he venido para que me desengañes, porque el desaire de amor es hablar en el desaire.

Con otra ocasión he vuelto a pisar estos umbrales, porque nunca les faltó ocasión a los pesares.

Don Alonso, a quien tú hiciste de Beatriz fingido amante, desairado de tu casa salió con el primer lance, tanto, que porque no piensen de Beatriz las vanidades que el no volver aquí es de escarmentado y cobarde, me ha pedido que le traiga a verla.

¿Cómo negarle puedo yo lo mismo a él, que él no me negó a mí antes?

BEATRIZ: ¡En notable obligación estoy, cierto, a estos galanes!

JUAN:

Él viene, Leonor, a esto; y porque

en aquesta parte nunca piensen mis desdichas, nunca sospechen mis males, nunca imaginan mis penas que fue gana de buscarte, en la calle me estaré en tanto que a Beatriz hable y de este escri-

pulo leve, y de esta malicia fácil desempeñe su opinión, su crédito desengañe.

Don Alonso, entrad, y pues ya el sol, helado cadáver, agonizando entre sombras, en brazos de noche yace, hablad a Beatriz, y ved que aquí don Pedro no os halle.

LEONOR:

Aguarda, don Juan, espera.

JUAN:

¿Qué quieres, Leonor, que aguar-

de?

LEONOR: Desengaños.

JUAN:

Son en vano.

LEONOR: Disculpas.

JUAN:

Serán en balde

Vase don JUAN

LEONOR:

Tras él iré, don Alonso; luego vuel-

vo. Perdonadme, pues en cualquiera suceso, todo lo que es me era antes.

Vase LEONOR

ALONSO:

¿Mas que me voy sin hablar a Beatriz?

MOSCATEL: ¿No dirás mas que nos vemos en otro aprieto al pasado semejante?

ALONSO:

Inés, dime dónde está, para que entretanto le hable,
Beatriz.

Sale BEATRIZ

BEATRIZ: Aquí está Beatriz, escuchando los ultrajes de una vil hermana, de un falso amigo, de un infame criado, una criada aleve, y de un cauteloso amante, porque entre Leonor, don Juan, Inés y Moscatel halle, si no consuelo a mis penas, disculpa a mis disparates.

Y aunque pudiera de tantos agravios, tantos pesares, tantas ofensas y tantas bajezas vuestras quejarme, viendo que contra mí todos el falso motín firmasteis, porque en la corte del alma, donde en pacíficas paces reina el desdén, nunca tiene el amor comunidades, sólo en esta parte intento, sólo quiero en esta parte, como quejosa, ofenderme, como ofendida, quejarme, del mayor de mis agravios y no el menor de mis males; porque en las mujeres es el más sensible desaire que las ame la mentira y no la verdad las ame. ¿Tan pocas las partes son de mi hacienda y de mi sangre? ¿Tan pocas de mi persona

--decirlo tengo--, las partes que hay, que si un hombre hubiera que atrevido me mirase, fuese con fingido amor? ¡Quiéreme a mí por burlarme, a mí por...!

ALONSO: Beatriz hermosa, si de todos tus pesares sales tan airosa como de ése, que más sientes, sales, fácil es el desengaño.

BEATRIZ: ¿Cómo el desengaño es fácil, cuando el quererme es por burla?

ALONSO:

Si atiendes, con escucharme:

Tal vez por burla se atreve uno al mar, sin que presuma, viéndole jardín de espuma, viéndole selva de nieve, que hay peligro en él, y, en breve, selva y jardín son horror.

Mar es amor en rigor; luego en placer y en pesar, si no hay burlas con el mar, no hay burlas con el amor.

Tal vez, por burla o ensayo, polvorista artificial hace un rayo material, y forja contra sí el rayo, cuando con mortal desmayo muere a su violento ardor.

Rayo es amor en rigor contra su artífice; luego, si no hay burlas con el fuego, no hay burlas con el amor.

Tal vez desnuda un amigo la espada para es-grimir con otro, y le viene a herir como si fuera enemigo; su destreza es su castigo, y así, usar de ella es error.

Espada amor en rigor es, luego; desenvainada, si no hay burlas con la espada, no hay burlas con el amor.

Tal vez por burla, mirando doméstica y mansa ya una fiera, un hombre está con ella, Beatriz, jugando; cuando más la halaga blando, volver suele a su furor.

Fiera es amor, en rigor, luego, si ya lisonjera, no hay burlas con una fiera, no hay burlas con el amor.

Por burla al mar me entregué, por burla el rayo encendí, con blanca espada esgrimí, con brava fiera jugué; y así, en el mar me anegué, del rayo sentí el ardor, de acero y fiera el furor; luego, si saben matar fiera, acero, rayo y mar, no hay burlas con el amor.

BEATRIZ: A ese argumento...

Sale INÉS de prisa, alborotada, y LEONOR

LEONOR: ¡Ay de mí!

Huyendo salió a la calle don Juan, y cuando le daba voces, vi entrar a mi padre.

Esconder me importa agora...

BEATRIZ: No, Leonor, porque ya es tarde;...

LEONOR: ...a don Alonso.

BEATRIZ:

...que hoy ha de saber cuanto pase

mi padre, pues tus engaños se han de saber.

LEONOR: Cuando trates tú decirlo, yo sabré culparte a ti, y disculparme; y así, puesto que las dos corremos el riesgo iguales, iguales, Beatriz, busquemos el remedio.

BEATRIZ: Por mostrarte a proceder bien, lo haré, que es fuerza estar de tu parte.

MOSCATEL: Alacena, como iglesia, pido.

ALONSO:

Eso no haré, que es antes...

INÉS: Él entra ya.

BEATRIZ: Este aposento hoy de su vista te guarde.

MOSCATEL: ¡Y a mí me guarde también!

ALONSO:

(¡Qué pesados son los lances

Aparte de amor hijo de familias!) MOSCATEL: Inés, avisa en la calle que ya estamos escondidos; que haya quien nos descalabre.

Escóndense los dos, y sale don PEDRO

PEDRO:

¿Tan tarde, y no han encendido?

Haz tú que unas luces saquen.

INÉS: Ya las tengo prevenidas.

PEDRO:

(¡En mi casa tal desaire!

Aparte ¡A mis ojos tal afrenta!

Cielos piadosos, o dadme paciencia, o dadme la muerte.

BEATRIZ: Señor, ¿qué tienes?

LEONOR: ¿Qué traes?

PEDRO:

Tengo honor, y traigo agravios...

aunque miento en esta parte, puesto que yo no los traigo; ellos vienen a buscarme dentro de mi misma casa.

LEONOR: (¡Ay de mí!)

Aparte

INÉS: (Todo se sabe). **Aparte**

BEATRIZ: Pues, señor, ¿no me dirás de qué estos extremos nacen?

PEDRO:

De tus locuras, Beatriz; que ya es

fuerza declararme, viendo que por ti se atreve hoy un mozuelo
arrogante al honor de aquesta casa.

LEONOR:

(Ya no hay cosa que no alcance).

Aparte

BEATRIZ: ¿Yo, señor?

MOSCATEL aparte al paño

MOSCATEL: Malo va esto.

PEDRO:

Sí, pues por ti don Luis hace des-
precios de ella, y de mí.

BEATRIZ: (Convaleciendo va el lance).

Aparte

LEONOR:

(Eso bien, cobré mi aliento).

Aparte

Sale don JUAN

JUAN:

(Un caso bien puede errarse

Aparte de una vez, pero de dos la una no le yerra nadie.

No he de esperar a que cierren las puertas, y después baje por el balcón don Alonso.

Remediarlo pienso antes).

Señor don Pedro, si en vos hoy la amistad de mis padres, heredada obligación de mi casa y de mi sangre...

LEONOR:

(¿Qué es lo que intenta don Juan?)

BEATRIZ: (Muerta estoy hasta escucharle).

JUAN:

...os obliga en un aprieto a valerme

y ampararme, de vuestra casa a las puertas me ha sucedido un desaire con tres hombres, y me importa no volver solo a buscarles.

Muy bien sé que puedo a vos atreverme y declararme, porque sé que es vuestro pecho el Etna que dentro arde, aunque cubierto de nieve.

PEDRO:

No paséis más adelante; que ya sé

que es ley precisa de mi honor y de mi sangre en esta edad no dejar a hombre que de mí se vale.

Vamos.

JUAN:

En fin, sois quien sois.

(En llevando yo a tu padre,
Leonor, echa a don Alonso).

Habla ALONSO aparte al paño

ALONSO:

(Éstos son los que matarme quisieron. No me está bien ir con ellos ni quedarme).

PEDRO:

Esperad, que ya es de noche, que de aquesa sala saque un broquel, prenda olvidada de mi mocedad.

JUAN:

Sacadle presto.

BEATRIZ:

(¡Él se ha empeñado más

Aparte por donde pensó librarse!) PEDRO:

¿Quién esta aquí dentro?

ALONSO: Un

hombre.

Salen don ALONSO y MOSCATEL

MOSCATEL: Dice bien, porque no es nadie el otro que está con él.

PEDRO:

Don Juan, pues que yo a ayudarte

iba contra tu enemigo, obligación es más grande el ayudarme tú a mí, cuando es la causa más grave.

Este hombre ofende mi honor y a mí me importa matarle.

ALONSO:

Don Juan, de tan grande empeño la

obligación tuya sabes.

Mi vida y las de estas damas es preciso que yo ampare.

Riñen, y don JUAN en medio

LEONOR: ¡Ay de mí!

BEATRIZ: ¡Infelice soy!

JUAN:

¿Quién vio empeño semejante?

PEDRO:

¿Te suspendes?

ALONSO: ¿Ahora dudas?

PEDRO:

Mas soy bastante a vengarme sin ti.

JUAN:

Tente, don Alonso.

Tente, señor.

PEDRO:

Pues, ¿tú paces pones?

ALONSO:

Pues, ¿tú contra mí tan viles extremos haces?

Hablan dentro

LUIS: Cuchilladas hay en casa de don Pedro.

DIEGO:

Más no aguardes; entremos, don

Luis.

Salen don LUIS y don DIEGO

LUIS: ¡Teneos!

PEDRO:

Gente viene.

ALONSO: ¡Duro trance!

LUIS: ¿Qué es esto?

PEDRO:

Esto es, don Luis satisfacer el ultra-je que te oí, pues si no está bien a tu honor el casar-te con Beatriz, al mío está bien satisfacer y vengarme.

LUIS: Ahí verás que no sin causa traté yo de disculparme, que ya, por haber tenido algún empeño en la calle...

ALONSO:

Sin duda que tú me heriste.

LUIS: Es verdad.

ALONSO:

Yo he de vengarme.

JUAN:

Pues quiere el cielo que así hoy

mis celos desengañen, viva Leonor en mi pecho.

A don PEDRO

Ya es forzoso que la guarde contra ti.

PEDRO:

Don Juan, don Juan, en aquesta

casa nadie ha de defender mis hijas si no es con quien ellas casen.

ALONSO:

Esa palabra te tomo.

JUAN:

Pues el remedio es tan fácil yo soy

de Leonor.

ALONSO: Y yo de Beatriz.

PEDRO:

Fuerza es que calle; que, ya suce-

dido el daño, nada puede remediarse.

MOSCATEL: En fin, el hombre más libre, de las burlas de amor sale herido, cojo y casado, que es el mayor de sus males.

INÉS: En fin, la mujer más loca, más vana y más arrogante, de las burlas del amor, contra gusto su-yo, sale enamorada y casada, que es lo peor.

MOSCATEL: Inés, dame esa mano; si ha de ser no lo pensemos, y acaben burlas de amor, que son veras.

ALONSO:

No se burle con él nadie, sino es-

carmentad en mí; todos del amor se guarden, y perdonad al poeta
que humilde a esas plantas yace.

FIN DE LA COMEDIA

**¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!**

**Descubre nuestra colección de obras de dominio
público en castellano en nuestra web**